

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica

1931

Sábado 11 de Abril

Núm. 13

Año XII. No. 533

SUMARIO

Juventud, comprensión	Gregorio Marañón
Voto de la Juventud Escolar en el Día de las Américas	Gabriela Mistral
Carta a los estudiantes de América	L. S. Rowe y E. Gil Borges
Pan American Day	Juan del Camino
Poesías	Maz Jiménez
El surtidor	Hernán Zamora Elizondo

Desventajas de la erudición	Persiles
La húngara	Rafael Alberti
Cecilio Acosta	José Martí
Lectura y glosa de escritores venezolanos (I)	Pedro Emilio Coll
La cuarta orden de la humanidad	Francis Thompson
El gato	Arturo Mejía Mieto

Es discutible que la preocupación de la juventud haya existido siempre con la misma intensidad que ahora (me refiero a esta preocupación como forma social, pues como preocupación individual es, desde luego, eterna). Casi puede asegurarse que no. Por lo menos, en otros tiempos no ha dejado el tema de los jóvenes y de los viejos la huella que dentro de unos decenios encontrarán nuestros nietos en la literatura de ahora. La explicación es muy sencilla. Las distintas edades, en la vida del hombre, tienen una personalidad gris en los tiempos habituales de la Historia. Sólo adquieren un acento vigoroso, que las define, cuando coinciden con sucesos históricos memorables. Entonces el concepto de «edad» o de «generación» representa algo profundo, que es lo que significa el gran acontecimiento social que impregna de su sentido a todo lo contemporáneo. Al final de la Edad Media los hombres de veinte años y los de cincuenta sólo se diferenciaban por esto, por los años; que es como decir por bien poca cosa. El descubrimiento de América hiende como una espada formidable a la humanidad de los que tenían hecha ya su alma antes del milagroso suceso y a los que la forman al calor del mismo. Entonces un hombre de cuarenta años que cree en «el otro mundo», que tal vez desafía el misterio del mar sin fin para pisar la maravilla del continente virgen, es ya un joven frente a otro hombre de cincuenta años, para el que todo esto es sólo una noticia. No los separan, no, los años. Puede el auténtico joven, el aventurero, haber nacido quizá antes que el anciano y ser en el archivo de la parroquia más viejo que él. Pero los diferencia una cosa profunda: que es «la comprensión de algo que antes no existía y que para muchos seguirá siendo todavía incomprensible.» Lo mismo ocurre cuando estalla la revolución en Francia. O, finalmente, cuando empieza la gran guerra que, a pesar de

Signo de los tiempos Juventud, comprensión

= De La Nación. Buenos Aires. =



su sangrienta magnitud, es sólo un episodio que sirve de preludio al suceso memorable de nuestro siglo: la revolución rusa. Estos tres acontecimientos, con Cristo, marcan los instantes en que se rejuvenece la humanidad, que no se desarrolla como los individuos de un modo progresivo, sino como las mareas, por flujos y reflujos; instantes, por lo tanto, en que los hombres se pueden dividir con razón en jóvenes y viejos. La Tierra Santa, Castilla, Francia y Rusia—tres veces, de cuatro, una estepa—son como la gran mesa de operaciones donde se injerta al cuerpo decrepito de la especie humana el nuevo vigor. Y ahora la renovación es más enérgica y

profunda que nunca. Por ello también el pleito de la edad es más clamoroso y agitado que en ninguna otra etapa de la vida de los hombres.

Estamos, pues, en una de las sazones excepcionales en que unos hombres se pueden llamar jóvenes y otros pueden ser llamados viejos; porque ellos, claro está, sería difícil que se lo llamasen a sí mismos. Ahora, que una de las características de toda revolución es el desparpajo con que muchos se apoderan de cosas que no les pertenecen, de las cosas materiales, como de los grandes conceptos ideológicos; de una alhaja que no es suya, entre el fragor de un saqueo; o de un título que no tienen el menor derecho a ostentar, como «decencia», «liberalismo», etc. En la confusión que todo lo ampara, son muchos también los que se apoderan de ese «adjetivo» maravilloso que se llama «juventud».

¿Cómo conocer entre tanta agitación al joven auténtico del que no lo es? Desde luego —¡tantas veces se ha dicho!—, el criterio menos utilizable es el de la fe de bautismo. Los científicos escrupulosos de que se sirven las grandes empresas de seguros norteamericanas, han tropezado con esta sorprendente verdad: lo que

menos interesa para juzgar la edad de un hombre (cuando de este juicio depende una cosa tan seria, sobre todo para los norteamericanos, como unos miles de dólares) son, precisamente, sus años. Sometidos varios análisis químicos, la radiografía del esqueleto y algún informe clínico a una combinación aritmética, resulta la «edad real», que con frecuencia no coincide con la cifra de los años. La rebelión de los hombres, tantas veces tomada a broma, contra la verdad de su propia edad, tiene, pues, un fondo insospechado de razón. El que quiere «quitarse años» hace, por lo tanto, bien en mentir, porque en realidad no miente. Su edad real es precisamente

aquella que cree y que desea tener. Ciertamente que la vanidad puede engañarle; pero el instinto corrige cautamente a la vanidad. Y así, de un modo general, puede decirse que los hombres y las mujeres que disminuyen su edad merecen, salvo algún pequeño error, que se les crea.

Es evidente que en esta rebelión contra la fe de bautismo toman las mujeres una parte mucho más importante que los hombres; y conviene no soslayarlo, porque demuestra la justificación del hecho que comentamos. La mujer tiene siempre menos años de los que dicen los puritanos de la cronología. Su vida—y esta es tal vez la principal característica de la feminidad—gasta por minuto mucho menos energía vital que la vida del hombre, independientemente del tipo de actividad a que una y otro se entreguen. Su metabolismo celular es esencialmente una función de ahorro, tanto como es dispendioso de vitalidad el metabolismo del varón. Así, pues, una de las desigualdades a que vive sometido el sexo débil es esta de que se le compute su edad con la misma medida que la del hombre. Los años sí son los mismos en un varón y en una mujer que nacieron en igual hora de un mismo día; pero su edad real es muy diferente. Esa mujer será siempre la hermana menor del hombre de sus mismos años. Y nada quiere decir en contra de esto el que ambos mueran aproximadamente a un tiempo. Precisamente el error de confundir la edad cronológica con la edad vital estriba en dar una importancia que no tiene al hecho de que ambas se igualan ante la muerte; cuando la duración de la vitalidad no tiene nada que ver con la vitalidad aislada de cada día. Un niño de 15 años es más joven que un hombre de 30, aunque éste llega a ser centenario y aquél se malogre de un accidente agudo poco tiempo después. La comparación es exacta, porque en realidad todas las mujeres se malogran. A las madres, les acorta la vida la maternidad. A las que no lo son, la anomalía, biológicamente monstruosa, de no serlo. A unas y otras, la razón suprema de que la feminidad es un proceso de duración limitada, inferior a la de la vida, tanto más desproporcionada respecto a ésta cuanto que ésta se dilata más; a diferencia de la virilidad del hombre, que termina, por larga que la vida sea, con el último instante de ella.

Sin divagar: los años no sirven para diagnosticar la juventud. Es, en la realidad, más joven el hombre que no lo es, pero que se lo cree, que el que no exhibe como documentación de su juventud más que el número reducido de sus primaveras. Ya es mal síntoma este de la exhibición; como saben bien los psicólogos, incluso los del café o los de cátedra oficial. De preferencia se ostenta aquello que tiene sólo una realidad externa. Con razón oímos cautelosamente al que clamoorea demasiado su fortuna, su patriotismo, su vigor, etc. Con igual precaución debemos acoger al que pregona a voces: ¡tengo veinte, tengo veinticinco años! Casi siempre se trata de

Adquiera:

Teresa de la Parra: <i>Ifigenia</i>	6-00
Teresa de la Parra: <i>Memorias de Mamá Blanca</i>	5-00
Bertrand Russell: <i>Vieja y nueva moral sexual</i>	4-25
Th. Birt: <i>La cultura romana</i>	3-00
Cuentos de la <i>Edad Media</i>	3-50
Ben Jonson: <i>Volpone o El Zorro</i>	3-50
B. B. Lindsley: <i>Matrimonio de compañía</i>	7-00
A. Kuprin: <i>Yama 3 Vols.</i>	6-50
Mahoma: <i>El Korán</i>	2-50

Interesan a los maestros:

Otto Lipmann: <i>Psicología para maestros</i>	5-50
Augusto Messer: <i>Filosofía y Educación</i>	4-25
R. Wickert: <i>Historia de la Pedagogía</i>	7-00
W. A. Lay: <i>Manual de Pedagogía</i>	5-50
Alfredo Adler: <i>La psicología individual y la Escuela</i>	3-50
Perrault: <i>Cuentos</i>	2-50
H. C. Morrison: <i>La práctica del método en la Enseñanza Secundaria</i>	3-50
Margarita Comas: <i>El método de proyectos en las escuelas urbanas</i>	3-50
R. Dottrens: <i>La nueva educación en Austria</i>	3-50
D. Barnés: <i>La educación de la adolescencia</i>	3-50
G. Kerschersteiner: <i>La enseñanza científico-natural</i>	3-50

Solicítelos al Adm. del Rep. Am.

gentes que buscan la sombra de «la juventud» o «la generación» para realizar con valores comunes su exhausta personalidad: no de otra suerte que el comerciante que al ofrecernos una tela nos dice «es inglesa», con la intención segura de que el adjetivo consagrado nos induzca a olvidar el examen del género. Por eso decía certeramente uno de nuestros jóvenes actuales—que lo es por los años y por la auténtica juventud—que ya era hora de que los jóvenes españoles empezasen a dejar de serlo. Sólo así su individualidad saldrá—si puede—de la masa fecunda, pero de fecundidad transitoria, de la generación, para adquirir la eficacia perdurable de la propia e independiente personalidad.

Lo que caracteriza a la juventud es, pues, esa capacidad de comprensión de las cosas que antes no se comprendían y que hay, desde luego, que comprender antes de que la experiencia nos las haga, a jóvenes y a viejos, comprender a la fuerza. Esto nos ilustra sobre la fuerte relación de la juventud verdadera, esto es, comprensiva, con una cualidad determinada del alma que es la imaginación. La imaginación es precisa, y no la inteligencia, para ese acto de comprender de antemano el fenómeno recién aparecido en la tierra, que en el resto de los hombres despierta la animadversión de todo aquello que perturba el orden establecido. Ahora bien, la imaginación es una facultad esencialmente juvenil; por eso los jóvenes, de todas las edades, son aquellos que comprenden; y el comprender es, a su vez, la señal inequívoca de la juventud.

Esto liga también a la auténtica juventud con una actitud social y política determinada. El joven verdadero, el que comprende, tiene que ser necesariamente

avanzado, porque su comprensión le lleva a aceptar realidades futuras que están todavía en pugna con las realidades presentes de las que vive el conservador y sin las que le parece que no puede vivir. Lo que demuestra la profunda verdad con que Ortega y Gasset decía no hace mucho tiempo, que tal vez el ser conservador es una actitud (cuando no es interesada), ligada radicalmente con un defecto psíquico, que es la falta de imaginación.

Los hombres podrían, con arreglo a este criterio, dividirse en varias edades eficaces, que tienen poco que ver con las que se miden por los años. Jóvenes son los que comprenden en el sentido expuesto. Su coincidencia con la juventud cronológica depende sólo de que la imaginación necesaria para esta comprensión es más común y está más desarrollada en los primeros años de la vida. Pero puede existir en toda ella. Y así, los hombres que comprenden el futuro inexperimentado durante todas las etapas de su existencia, son eternamente jóvenes. Por esta comprensión del porvenir el joven no tiene miedo a la ruina del presente, que enloquece al conservador, falto de visión futura. De aquí el que las revoluciones—en todos sus sentidos, en el político, en el moral, en el artístico—las hagan los jóvenes verdaderos que, por serlo, son necesariamente avanzados, y que pueden tener cualquier edad.

Hay otro grupo de hombres incapaces de comprender el futuro, pero incapaces también de adoptar ante él una actitud sistemáticamente hostil. Estos son los que miran la vida y sus contingencias futuras «con curiosidad», virtud inteligente de la edad media; virtud que es como una puerta abierta para la comprensión, pero que muchas veces no se traspone.

Por fin, el que no comprende ni se interesa; el que ante lo nuevo y lo futuro vuelve hoscamente las espaldas; el que cree que el mundo termina con su verdad y con su orden de las cosas; el conservador por instinto, es el viejo verdadero, el biológico que, como es bien sabido, puede tener muy pocos años.

Ahora el mundo está lleno de hombres—y, lo que es mejor aun, de mujeres—que lo comprenden todo. Es inútil preguntarles la edad ni mirarles, como hacen las gentes impertinentes e ignorantes, las presuntas canas. Basta que comprendan para que sean jóvenes. La política clásica, la moral clásica, el arte clásico crujen como los cascos de los viejos navíos antes de hundirse para siempre. El conservador incomprensivo se tapa los ojos con horror. Pero la mirada aguda de los otros, de los que ven a lo lejos, sabe que el mundo no se acabará en este naufragio, porque en un arca imprevista perdura siempre la semilla necesaria para que el pasado se enlace con el futuro a través de un germen eficaz—una idea—mientras se ahogan el convencionalismo, la retórica la mentira...

Gregorio Marañón

Madrid, Septiembre de 1930.

Voto de la Juventud Escolar en el Día de las Américas

Escrito por Gabriela Mistral

especialmente para el primer Día Panamericano, 14 de Abril de 1931

Nosotros, americanos del norte y del sur, hemos recibido y aceptado con la unidad geográfica cierta comunidad de destino que sería un triple destino de realizar la riqueza suficiente, la democracia cabal y la libertad cumplida en el continente.

Puestos por la Providencia a vivir en territorios desatados, favorecidos así con un inmenso hogar físico, nuestra faena ha sido primero la de tomar posesión de la tierra leonina; luego la de obtener en el suelo domado esa suma de bienestar colectivo que las democracias honestas se prometen y se cumplen a sí mismas, y es hoy la de crearnos una costumbre espiritual digna de nuestras herencias raciales y de nuestra fortuna geográfica.

Poseemos la tierra desahogada que no mueve a codicia inútil, una sobriedad republicana que repugna la abundancia viciosa, el consejo unánime de nuestras morales religiosas y laicas que ven en la probidad la única atmósfera durable del mundo y un paisaje piadoso que sugiere la paz como una condición natural del hombre americano.

A lo largo de nuestros 105 grados de latitud, la tierra se muestra como más pronta, como más anhelosa y como más rápida que cualquiera tierra a su su obligación secreta de regalar la dicha al hombre. Tal vez por estar menos fatigada de generaciones, por hallarse más asistida de aguas y calores genésicos y menos agobiada de población, la tierra americana se ofrece mejor que otra ninguna al brazo movido de justicia para la distribución legítima de su riqueza y para la creación de unas civilizaciones morales saturadas de cordialidad, tejidas con las fibras más ostensibles de las virtudes sociales.

Hijos del Viejo Mundo, e hijos de dos culturas indígenas indudables, buscamos trascender a Europa y a los imperios aborígenes con una democracia cabal y con el concepto más rico de la libertad humana. Situados por la Providencia entre Europa y el Asia, Ella nos impone un deber de comprensión respecto de las sensibilidades opuestas; nuestra doble costa que mira al Occidente y al Oriente tiene al igual que la costa griega la misión de aceptar, comprendiéndolas, a las razas diferentes.

Nuestra obligación de entender que la modalidad diversa de dos culturas no entraña inferioridad respecto de una, y que los grupos humanos suelen manifes-

tar una doctrina idéntica con modulación ya patética, ya serena, debe comenzar en el continente mismo por medio de una interpretación leal que haga el

Norte respecto del Sur, y el Sur respecto del Norte: la buena ética exige, antes que todo, el cumplimiento de los deberes inmediatos. Una mejor comprensión nuestra para el resto del mundo vendrá después, y será ya fácil como las rutas conocidas que el instinto y los ojos siguen bien.

La cultura latina ha hallado en los pueblos del Sur un reino más vasto que el Mediterráneo clásico para gobernar hombres bajo su norma ejemplar; las culturas universales, realizan por su parte en la América anglosajona, la prueba victoriosa hasta hoy de una fraternización de ellas todas en un mismo territorio. Y esta prueba no la había intentado hasta hoy el mundo con buena suerte.

Nuestros héroes del Norte y del Sur, Bolívar como Washington, Lincoln como San Martín, parecen concebidos en una misma hora por un mismo designio, y son obreros de una faena idéntica. Nuestras constituciones, salidas de la conciencia de ellos, están iluminadas por una luz igual y destacan un perfil fraterno como las plantas que nutre un humus común.

La América anglosajona, nacida rigurosamente de Europa, ha cumplido más o menos con facilidad una labor semejante a una especie de unificación de las grandes provincias espirituales de Europa, en un territorio nuevo; la América Latina ha realizado y sigue realizando con más dificultades y por lo tanto con más dolor, la aleación de dos razas de diverso orden físico y de más diverso ritmo emocional, y su triunfo sobre tales obstáculos tiene la trascendencia de las más rudas faenas cumplidas en el mundo.

Americanos del Norte y del Sur, nosotros vamos a imprimir a la cultura europea, a la institución europea y a los hábitos, al arte, a la pedagogía y la ciencia europeos, una tónica, un acento, un sabor democrático gracias al cual ellos derramen sobre el hombre de las tierras nuevas una belleza y una dulzura mayor.

Hemos llamado a los hombres de los cuatro puntos cardinales, con perfecta liberalidad y con una generosidad que es la de nuestra latitud geográfica, a crear en el continente razas de facciones universales, capaces de un ensanchamiento de la vida clásica y capaces también de toda la épica futura.

En el cuerpo y la conciencia nacidas en el Continente Ame-

UNIÓN PANAMERICANA
Washington, D. C., E. U. A.

17 de febrero de 1931.

Sr. Director del Repertorio Americano, San José de Costa Rica.
Sr. Director;

Como usted probablemente sabrá, por acuerdo del Consejo Directivo de la Unión Panamericana (en el cual están representadas todas las repúblicas de este continente), se ha determinado invitar a los países de América para que señalen el día 14 de Abril como DIA PANAMERICANO o DIA DE LAS AMERICAS. El hecho de que este día sea el aniversario de la fundación de la Unión Panamericana no quiere decir que debe ser dedicado a esta institución. Se trata más bien de hacer hincapié en los ideales de paz y de solidaridad continental que animan a esta organización internacional de las repúblicas americanas, y de recordar la comunidad de intereses y aspiraciones que hacen de nuestros pueblos un núcleo capaz de influir de una manera positiva en el movimiento universal en favor de la paz.

Tengo el agrado de remitir a usted un mensaje escrito especialmente para esta ocasión por la gran poetisa chilena Gabriela Mistral. También me permito incluir una carta dirigida a la juventud estudiosa, y una reseña de las actividades de la Unión Panamericana.

Dadas las oportunidades que este día presenta para hacer una labor de acercamiento continental, me permito suplicarle se sirva prestarnos su valiosa cooperación a fin de que los educadores de su patria participen con sus alumnos en la celebración de este día de las Américas.

Lo saluda cordialmente y queda a sus órdenes,
Su atento y seguro servidor,

L. S. ROWE
Director General

Carta a los estudiantes de América

Primer Día Panamericano, 14 de abril de 1931

El Director General y el Sub-Director de la Unión Panamericana se complacen en enviar a los estudiantes de todo el continente un saludo fraternal en este primer día de las Américas.

La celebración del Día Panamericano obedece al deseo de recordar la comunidad de ideales e intereses que existe entre los pueblos de este hemisferio. De la misma manera que una vez al año descansamos de nuestras diarias faenas para hacer un recuerdo del origen de nuestra nacionalidad independiente, de hoy en adelante dedicaremos un día para conmemorar los privilegios y responsabilidades de nuestra ciudadanía continental. Dejaremos a un lado nuestras preocupaciones de carácter nacional para pensar en los lazos que nos unen a los otros países de América y para ahondar nuestros conocimientos sobre cultura, los problemas y las aspiraciones de los pueblos americanos que viven más allá de nuestras fronteras.

La Unión Panamericana desea contribuir con su labor a hacer de América un núcleo de pueblos ligados por un ideal común de fraternidad y de paz que justifiquen la fe y la esperanza con que el viejo mundo los contempla. En este programa de acercamiento espiritual tiene especial importancia el papel de la juventud.

Que las nuevas generaciones de América vayan realizando para el porvenir y para la historia todos sus ideales de solidaridad continental, son los sinceros deseos de

Sus atentos amigos y seguros servidores,

L. S. ROWE
Director General

E. GIL BORGES
Sub-Director

ricano, educados bajo la costumbre de mayor suelo y el uso de menos ayudas históricas, el observador justo suele anotarnos una bella desenvoltura delante de la empresa grande y una dichosa confianza del futuro. Creemos que la guerra aparecerá a las próximas generaciones americanas como una ilustración de viejas literaturas y una ley de tiempos anulados para ellas por la sensatez piadosa de nuestros legisladores y maestros. La guerra no haría en el Continente Americano sino enloquecer desde la santidad de nuestro paisaje hasta la sensibilidad colectiva—paisaje interior de las masas—de modo que a causa de ella tendríamos que rehacer el suelo y reedificar penosamente a la criatura, y está demasiado próximo el recuerdo de la construcción de la América para que podamos comprometer así la obra de nuestros padres.

Gabriela Mistral

Estampas

Pan-American Day,

una farsa más del funesto panamericanismo

=Colaboración directa=

Abril podemos contarlo entre los meses fecundos en fechas memorables. Ya no es sólo el día 11, en que se recuerda la hazaña de la tea filibusterica. Comienza ahora el año uno de otro gran suceso. Es el suceso del *Pan-American Day*. Washington ha querido consagrar el día 14, imprimirlo en el candelario de todos estos países, hacer que la ceremonia y el rito nos hagan pensar—como dice la agencia imperialista saxoamericana que promueve el *Pan-American Day*—en «la comunidad de intereses y aspiraciones que hacen de nuestros pueblos un núcleo capaz de influir de una manera positiva en el movimiento universal en favor de la paz».

Somos uno de los veinte pueblos de América que Washington ha panamericanizado y en el escudo de la agencia que realiza la panamericanización—Unión Panamericana.—nuestra bandera ocupa su lugarcito. Por esto no hemos podido ser indiferentes al mandato de arriba y el 14 de Abril lo celebrarán nuestros educadores con sus alumnos tres días después del aniversario de la quema del mesón. Muchos pensarán que nuestros educadores no deberán decir la nacionalidad de la horda filibustera, pero tengan presente los tímidos que el *Pan American Day* es «un símbolo conmemorativo de la soberanía de las naciones americanas y la unión voluntaria de todas en una comunidad continental», como lo afirma la agencia saxoamericana panamericanizadora. De modo que las mismas flores, los mismos cantos, las mismas recitaciones, la misma elocuencia, servirán en una como en otra fecha.

Oficialmente no tenemos todavía el programa. Washington sin embargo se anticipa y dice a su nación lo que tiene que hacer para que el *Pan-American Day* imponga desde su nacimiento respeto y acatamiento. La voz solemne de su man-

Nosotros, americanos del Norte y del Sur, amamantados por la leche de veintiuna constituciones que proclaman el respeto de la independencia ajena como una forma primaria de decoro propio, puestos a vivir por Washington y Bolívar bajo el meridiano del derecho de gentes y adoctrinados desde la escuela primaria hasta la universidad en la lealtad hacia esa sagrada escritura que son nuestros códigos nacionales, reiteramos a los héroes de los cuales venimos, nuestra voluntad de servir la independencia de estas veintiuna patrias en el mismo grado de dignidad de la nuestra; renovamos a ellos voto de repugnar la violencia en el trato de estas veintiuna naciones, como una torcedura hecha en sus normas eternas y rechazar la injusticia como una disminución de su honra gloriosa, de la cual vivimos y seguiremos viviendo.

datario ha sonado así: «Yo, Herbert Hoover, Presidente de los Estados Unidos de América, a fin de dar efecto a la resolución adoptada por el consejo directivo de la «Unión Panamericana», por este medio proclamo el 14 de Abril como «Día Panamericano», y ordeno por el presente que la bandera de los Estados Unidos se despliegue en todos los edificios del gobierno en el referido día, e invito a las escuelas, a las asociaciones cívicas y al pueblo de los

Estados Unidos en general, a observar el día con ceremonias apropiadas, dando por ese medio expresión al espíritu de solidaridad continental y a los sentimientos de cordialidad y amistad que el gobierno y pueblo de los Estados Unidos abriga por los pueblos y gobiernos de las demás repúblicas del continente Americano».

Washington dedica a estos pueblos el *Pan-American Day*. Estos pueblos tendrán que dedicárselo a Washington.

Un 14 de Abril, el de 1890, nació esa agencia que ha quedado en la actualidad con el nombre de Unión Panamericana. No vino como organismo político, sino como oficina de propaganda comercial. De cosa inofensiva pasó a ser institución cara y peligrosa, sostenida por la contribución forzada de estos pueblos, pero orientada por Washington. Por el carácter político con que Washington la maneja es que se ha llevado a la categoría de gran suceso la fecha en que se le dió vida. Porque es una agencia de imperialismo, se le exalta y el propio Presidente de los Estados Unidos ordena a su pueblo obediencia a lo que ella dicta en su destino imperializador.

Mas, examinemos con franqueza el *Pan-American Day*. ¿Deben estos pueblos cantarles siquiera el himno (himno que no han compuesto, pero que ya compondrán) a esa fecha enteramente inútil en la vida de sacrificios y de dolores en que viven defendiendo su libertad? ¿Cuáles bienes trae la Unión Panamericana? Ya oímos la voz de sus sostenedores diciendo que de ningún modo se pretende dedicar a su fundación el *Pan-American Day*. Pero con ello quieren anticiparse a la condenación que les vendrá. Saben que ninguno de estos pueblos puede hacer votos que lo ligue

Poesías de Max Jiménez

= Envío del autor =

Nocturno

*Así sin darme cuenta, como llevo mi alma
te llevo por la vida, Nocturno Tropical!
porque he sido lechado en tu apacible calma
el mar que he vivido deshoja rosas blancas
en explosión sensual...!*

*Este mar que se pasó tejiendo hilos de luna,
este mar que mis pasiones aun debe recordar
hoy es todo cariño, suave presión de mano al
borde de mi cuna.*

*Palma que sin ti se marchita, Nocturno!
divina lección de amar.*

Cuba, 1930.

Viejo cacharro

*Estoy viejo por dentro, como un viejo cacharro
expuesto a la intemperie, de liquen patinado
un ya viejo cacharro de balcón enrejado...
manos que usan alma hacen joya de jarro
porque una flor habita en el viejo cacharro.*

*Venimos ya de ancianos a caminar la tierra,
a tomar el progreso por lo más avanzado,
en vejez de mayores principia nuestra guerra
y somos como un niño nacido ya encorvado.*

Yo estoy por dentro como un viejo cacharro.

Escrito en París, 1930.

De vuelta

*Allí la dejaron
cumplieron una extra
que nadie esperaba...
¡pues era tan joven!*

*El paso que traen
encuentra en olvido
un cierto acomodo.*

*Las argollas de plata
regresan
porque han de servir
para otras.*

*Unas flores
que no se han quedado
sueltan en aroma
distancia...*

*Dicen:
«No hay que preocuparse,
si nada se puede!»
Ir con argollas de plata
y quedarse sin flores...
con sólo la muerte.*

San Isidro, 1931.

Max Jiménez

por alianza perpetua a un organismo a quien inspira el Departamento de Estado saxoamericano. Y no obstante se empeñan en presentarlo influido de ideales de paz y de solidaridad continental, levantando en alto el escudo simbólico de la soberanía de estas naciones. Nos damos cuenta del engaño y un deber de dignidad nos mueve a declararlo. Pregonar ideales de acercamiento es farsa, porque la política financiera en que se apoya el Gobierno que sustenta la Unión Panamericana es esencialmente imperialista. Absorbe esa política todas las actividades de los pueblos panamericanizados y va así creando un tremendo estado con tres garfios invencibles: el militar, el económico, el geográfico. Es el cetro de la dominación saxoamericana. La invención del organismo que ha acabado después de cuatro décadas por llevar el nombre de Unión Panamericana, no hace sino servir los designios de ese dominio. Todo lo que se oriente hacia la formación de naciones dueñas de su expresión libre, va contra el garfio geográfico. Y entonces urge el poder que una, que vaya contra los «territorios desatados» que dice la poetisa Mistral en su canto al *Pan-American Day*. Para unir «territorios desatados» se forman enormes compañías a las cuales, como a la *Pan American Airways*, el Departamento de Estado impulsa y apoya ante estos países para que le hagan entrega de sus rutas aéreas. Lo importante es que el garfio geográfico se fortalezca, se vuelva invulnerable con vías aéreas, marítimas y terrestres. Lo que importa también es que el garfio económico se clave hondo haciendo entrega al capital saxoamericano de nuestras riquezas naturales. En esta forma el garfio militar completa el tridente que blande certamente el gobierno imperialista de los Estados Unidos.

Tenemos que revelarnos contra las agencias de panamericanismo, porque son funestas para la vida de libertad de nuestros países. El Presidente Hoover puede decretar las ceremonias que graben en la mente de su pueblo la idea de servicio continental prestado por la Unión Panamericana, ya que este organismo es de índole política y una agencia imperialista. Pero nosotros, los pueblos de la América amenazada de ser panamericanizada, no podemos lanzar el mismo grito de triunfo. Casi por instinto tenemos que buscar la defensa. El *Pan American Day* pretende crear un nuevo rito que halague nuestro indigenismo. Saben las fuerzas imperializantes que mientras vivamos de ritos pueden ellas ir eficazmente reduciéndonos a su dominio. No hay así estruendos propicios al escándalo. Bajo el pretexto de una comunidad de intereses y aspiraciones con los Estados Unidos, se quiere que nos pongamos a corearlos, a hacerles sentir que estamos convencidos del desinterés y de la nobleza del trato que su Gobierno imperialista nos da. Cuando en la realidad lo único que aparece es la absorción desatada, el concepto de inferioridad lamentable en que se nos ve vivir. Para halagarnos se pregona que estamos en un mismo plano de civiliza-

ción y que las aspiraciones y destinos son idénticos. Nada más que halago. Recordamos en este instante el siguiente pasaje de uno de los *Cuadros de Viaje* de Heine: «Y en verdad, cuando oigo a un alemán-ruso, como mi compañero de viaje, pavonearse con patriótico orgullo y hablar de nuestra Rusia y nuestro Diebitsch (general ruso de fama), me parece oír a una sardina diciendo que el mar inmenso es su patria y tratando a la ballena de compatriota». En igual escarnio pretende sumirnos la benemérita Unión Panamericana con sus nuevos descubrimientos relativos al destino común entre estos pueblos y los Estados Unidos saxoamericanos.

Extraña que la poetisa Gabriela Mistral, a quien se ha considerado una promotora de iberoamericanismo, quiera inducirnos a que hagamos de sardinas, las sardinas de la ironía heineana. Su *Voto de la Juventud Escolar* en el *Pan-American Day* es el llamado lírico a la representación de la farsa más acabada que la imaginación saxoamericana haya podido crear en sus cálculos imperialistas. Somos en su canto, americanos del sur, que es como decir ruso-alemán en el lenguaje de Heine. Pues estos americanos del sur serán siempre para la ballena que son los americanos del norte, la menuda sardinilla empeñada en hacer compatriota a una masa de proporciones enormes. La población escolar de la América nuestra no puede caer en ese ridículo despiadado. ¿Por qué, si hay el anhelo de servir la independencia de estas patrias, no se busca como día en que ellas han de hacer votos por permanecer unidas, por conservar su suelo sin amo, por servirse de sus riquezas naturales dignamente, por realizar la

democracia y la libertad, aquel que represente un movimiento sin lugar a sospechas en cuanto los fines de cooperación en bien de la realización de una América fuerte, soberana, noble? Busquemos en Bolívar el día de estos pueblos, busquémoslo en la Unión Iberoamericana (para cuyo sostenimiento ninguno de nuestros gobiernos, con la excepción valerosa, y ejemplar del de Panamá, da cinco céntimos), que es la de nuestra raza, que nos retorna a nuestro solar.

Pero no acojamos el *Pan-American Day* como día que simbolice la soberanía de estas naciones. El 14 de Abril de 1890 se creó la agencia de imperialismo mas seria, la que va desarrollando una política de concentración de todas las actividades exteriores e internas de nuestros pueblos. Volvamos el pensamiento a Roma la del Imperio. Su historia tiene enseñanzas que debemos recoger y exprimir como fruto en cuyas jugosidades bebamos la inspiración que reclama la defensa contra la imperialización desatada del Norte. No nos ligemos a la Unión Panamericana, porque nos ligamos a Washington. Y Washington con su tridente imperialista, esta llamado a ser fatal en la libertad de nuestra América. «Los estados aliados de Roma—cita de Arturo Rosenberg—disfrutaban en su interior de una libertad política absoluta; no necesitaban pagar nada a la confederación; tenían tan sólo que *abstenerse de desarrollar una política exterior propia*». No irá tras eso la Unión Panamericana? No querrá Washington convertirla en el centro en que se deleguen todas las actividades de la vida exterior de nuestros países?

Juan del Camino

Cartago y abril de 1931.



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza**

— y —

La Sastrería

LA COLOMBIANA

**de Francisco A. Gómez Z.
le hace el vestido**

en abonos semanales, mensuales o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses

Operarios competentes
para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa

San José, C. R.

Teléfono 3283

El surtidor

= Envío del autor. =

Para Arturo Capdevila.

El surtidor del jardín,
puerilmente saltarán
en el tinglado solar,
saca de su bandolín
la linfa de su cantar.

Ávida la flor lo mira,
y la corola suspira
con el dolor del sediento,
porque el agua se retira,
como el humo de una pira
al aletazo del viento.

Las niñas corren fogosas
por las soleadas callejas,
y ansiosas de mariposas,
cazan gotas vaporosas
con la red de sus guedejas.

La risa de las chicuelas,
en hogares y en escuelas
es surtidor saltarán,
y en el jardín soleado,
el surtidor desatado
es la risa del jardín.

Risa y surtidor mellizos
son en su brillo y su canto
bajo el enojado encanto
de los solares hechizos;
y mellizos, en la cauta
luz que la luna destella,
la risa calla su flauta,

y bajo la misma pouta
la gota apaga su estrella.

Ritmando con el salpique
de la linfa saltadora,
se oye un alegre repique
en el bíchico de Enrique
y en la pulsera de Flora.

En el chapín de Maruja
que su piecécito estruja
con un ademán de nido,
parece estar adormido
el hechizo de una bruja
que en los arriates dibuja
señales para el regreso
del piecécito travieso
de Maruja.

De pronto, el sol aparece
sobre un árbol que estremece
su inquietud en el arriate,
y al verlo brillar, parece
ser la gota que se mece
en la brizna de zacate.

Un perro sediento mengua
la avaricia pueblerina
haciendo bailar su lengua
que no es mala bailarina,
pues como venga la nota,
que en el caso es una gota,
la lengüa del perro danza
con la rápida mudanza
con que se baila una jota.

Hernán Zamora Elizondo

San José, Costa Rica, 1931.

Persiflage

Desventajas de la erudición

= Colaboración directa =

Para *Claudia Lars*,—espejo de la belleza de las esposas,—
porque, sabía como Diótima y virtuosa como Cornelia, quizás
quiera aconsejarme sin abrir otro libro que el de su corazón.

¿A quién si no al viejillo Gissing le iba a contar mi gran problema? Con la experiencia que él ha tenido, me decía a mí mismo, nadie mejor para darme consejo sano y valioso. Es defecto, éste de buscar siempre la opinión ajena, que tenemos los hombres nutridos de libros. Lo reconozco en mí. Por eso, he pensado, Dios, cuando quiere hombres de decisión y de acción para Su servicio, los aparta de las páginas encuadernadas, de la letra impresa: San Francisco, no menos grande como poeta que como santo, tenía del Señor un sacro desprecio de los libros y prohibía la lectura. ¡Qué mal han entendido esto quienes carecen de *intelleto* de misticismo! Han querido ver hasta una empecinada actitud oscurantista de parte de la Santa Iglesia Católica Romana; y no son sólo los enemigos de ella los de esto sino también muchos de sus celosos pero estúpidos comulgantes. La lectura es contraproducente para quien ha de seguir camino de activa santidad. Por lo demás, institución ninguna que el hombre conozca ha sido tan liberal, tan magnífica, tan extravagante, si se quiere, en auspiciar a literatura como la Iglesia en cuya santa

sede, junto a las reliquias de los mártires, se conservan, igualmente frescas y fragantes, las obras escritas por los hombres, sin distinción de credos ni de épocas, que por su belleza intelectual dan, no menos que la sangre vertida en los circos de Nerón, testimonio de la grandeza de Dios. Para comprender al Catolicismo hay que recordar que al lado de San Pedro donde, si queréis, se reviste de magnificencia la ignorancia, está la Biblioteca del Vaticano. Si las canonizaciones en la augusta catedral os repugnan sinceramente, ¿será bastante vuestra sinceridad para aplaudir que el curador de los libros hebreos de Su Santidad sea, por escogencia del propio Pontífice, un sabio rabino? La Iglesia sabe de sobra a quien conviene la instrucción del mundo y a quien el Paraceto se encargará de instruir, y cómo, a este segundo, los libros de los hombres, con su voz turbia, empañarán el ruido claro de la inspiración directa celestial. Bien veo, en mí mismo, que el trato continuo con los libros me ha quitado por completo el poder de decidir yo mis propios actos: a cada paso cien poetas me cantan sus versos, mil

prosistas me dictan sus sentencias. A Gissing, pues, acudí en solicitud de consejo sobre si me convenía, dado mi carácter, que él conoce si hay alguien que lo conozca, abandonar mi estado de célibe por el quizás terrible de casado.

Como ya he contado, Gissing probó fortuna matrimonial tres veces, y ahora vive en sosegada mancebía con la simpática galleguita sin dientes cuya figura una o dos veces ha cruzado ya, silenciosa, por estas páginas. Pero Gissing es hombre de libros también. A veces, más que hombre, me parece un libro. No sabría decirlo a ciencia cierta. Hay individuos que semejan cuadernos de borrador nunca corregidos, y otros que, por Dios, son libros a los que les siento pulso y en los que, como en ojos vivos, me veo diminuto pero nítido. Gissing acudió a los libros como yo a él.

—«Aquí verás,—me dijo—algo sencillo y hondo, y no falto de sal, de aquel simpático erudito romano con quien, intelectualmente, tienes tantos contactos y semejanzas: me refiero a Aulo Gelio, que

INDICE

Legenda aut acquirenda



<i>El cantar de Roldán</i>	3-50
E. O. Kiesel: <i>La corriente del Golfo</i>	3-75
Paul Bourget: <i>El demonio del mediodía</i> . 2 vols.	7-00
Enrique Larreta: <i>La gloria de Don Ramiro</i>	3-75
Estanislao del Campo: <i>Fausto</i>	4-00
Roberto Gache: <i>Baile y Filosofía</i>	4-00
F. González Guerrero: <i>Ad altare Dei</i>	3-00
Juana de Ibarbouro: <i>Poesías escogidas</i>	5-00
Domingo F. Sarmiento: <i>Política de Rosas</i>	4-00
Raimundo Lulio: <i>Blanquerna</i> . Novela. 2 vols.	14-00
David Katz: <i>El mundo de las sensaciones</i> <i>táctiles</i>	8-00
Armando Zegri: <i>El último decadente</i> . No- vela.	3-00

Libros para niños:

<i>El Conde Lucanor</i> . 1 vol. pasta.....	3-00
R. María Tenreiro: <i>Nuevas Florecillas de</i> <i>San Francisco</i> . 1 vol. pasta.....	3-00
W. Hauff: <i>El Califa Cigüena</i>	3-00
Rabindranath Tagore: <i>El sentido de la</i> <i>vida</i> . (Sadhana)	4-00
José Asunción Silva: <i>Poesías</i> . Edición definitiva	4-00
Alberto Gerchunoff: <i>El hombre que habló</i> <i>en La Sorbona</i>	5-00
Alberto Gerchunoff: <i>La asamblea de la</i> <i>bohordilla</i>	5-00
Leonardo de Vinci: <i>Escritos literarios y</i> <i>filosóficos</i>	3-50
Pío Baroja: <i>La venta de Mirambel</i> . Novela	3-50
L. Tolstoi: <i>Anísia</i>	2-50
Carlos H. Pareja: <i>Las obligaciones en De-</i> <i>recho Civil colombiano</i>	3-00
Emilio García Gómez: <i>Poemas arabigo-</i> <i>andaluces</i>	4-50
Domingo F. Sarmiento: <i>Los caudillos</i>	4-00
Sherwood Anderson: <i>La risa negra</i> . No- vela	3-50
De Senancour. <i>Obermann</i> . (3 vols.).....	3-00
Alberto Samain: <i>Cuentos</i>	4-00
E. Zia: <i>De como se curó el doncel Erasmo</i>	2-25
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	4-00
Antonio Machado: <i>Poesías completas</i> , 1 vol. pasta.....	5-00
Mariano Ibérico Rodríguez: <i>El nuevo ab-</i> <i>soluto</i>	3-00
Roberto F. Giusti: <i>Enrique Federico Amiel</i>	3-00
J. Cadaiso: <i>Cartas marruecas</i> . 1 vol. pasta.	2-50
Pestalozzi: <i>Antología</i>	1-50
Carlos Wyld Ospina: <i>El autócrata</i> . En- sayo político social.....	4-00
Franz Tamayo: <i>Nuevos Rubáyat</i>	3-00
B. Gracián: <i>Tratados</i> . 1 vl. pasta.....	3-00
E. Schwartz: <i>Figuras del mundo antiguo</i> .	3-50
A. Rosenberg: <i>Historia de la República</i> <i>Romana</i>	4-00
Th. Wilder: <i>El puente de San Luis Rey</i> . Nov.	3-75
Ch. Yale Harrison: <i>Los generales mueren</i> <i>en la cama</i>	3-50
Fray Luis de León: <i>Poesías</i>	2-50
R. Rolland: <i>Mahatma Gandhi</i>	4-00
Germain-Rodrigo: <i>Pruebas de inteligencia</i>	7-50
Luis Santillana: <i>La escuela duplicada</i> ...	1-50
Const. Fedin: <i>Los hermanos</i> . Novela.....	8-00
Luiz Astrana Marin: <i>El cortejo de Minerva</i>	3-75

Dirigirse al Adr. del Rep. Am.

floreció por el 160 de nuestra época; hombre, como San Agustín, en quien la antigüedad hablaba sus últimas, y la modernidad sus primeras palabras. Y a propósito de ambos filólogo y santo, éste, que sentía por aquel gran entusiasmo, le llama *vir elegantissimi eloquii et multae de facundae scientiae*. Apuleyo, Ammiano, Marcelino, Nonio y Macrobio, filólogos eminentes todos ellos, le deben no pocas de sus ideas y noticias. En Roma como en Atenas gozabase Aulo Gelio, gran señor, en provocar amenas discusiones en la sociedad de gramáticos y de anticuarios, que frecuentaba, y en que brillaban el filósofo galo Favorino y el africano Cornelio Frontón, maestro de Marco Aurelio. Después de cada conversación de éstas, Gelio tomaba notas. Sus *Noches Áticas*, selección de estas notas revisadas y retocadas, están llenas de bellas enseñanzas para quien puede aprender cosas bellas. Por algo el apasionado obispo de Hipona amaba a Aulo Gelio.

»Cuenta el romano que al discutirse sobre los argumentos que los griegos llamaban *antistrephonta*,—esto es, que pueden retorcerse,—alguien pretendió que debía considerarse de esa especie el silogismo de Bías, varón sabio y noble, quien, pedido su consejo sobre si cierto joven como tú debía casarse, dijo que la mujer con quien se casara sería o hermosa o fea; y que, si hermosa, su marido debía prepararse a compartirla con otro, y, si fea, a convivir con una furia: luego el joven no debía casarse. Tal respuesta, cuenta Gelio, alegaron algunos que podía retorcerse de este modo: Si aquélla con quien se case es hermosa, no será una furia; si es fea, estará seguro de no compartirla con otro: luego debe casarse. Mas Favorino dijo sabiamente, al oír el silogismo de Bías, que no encontraba completa la distinción de su primera premisa, porque, decía, el pensamiento de Bías no puede aplicarse más que a las mujeres notables por su hermosura o fealdad, siendo que, entre lo uno y lo otro, existe un medio en que Bías no se fijó. Oye a Gelio:

»Entre la mujer de rara hermosura y la repugnantemente fea, existe la que, igualmente distante de los dos extremos, no posee bastantes encantos para alarmar a su marido, ni se encuentra tan desprovista de ellos que le cause aversión. Para designar esta clase de belleza media, empleó Ennio una expresión muy elegante en su tragedia de Melanippo. Al hablar de las esposas que no son infieles ni malas, dice que son stata forma: *razonablemente hermosas*. Favorino caracterizaba ingeniosamente este género de belleza modesta, llamándola belleza de las esposas. Ennio dice en su tragedia de Melanippo que las leyes de la castidad fueron respetadas siempre por estas mujeres de belleza razonable.»

Cerró Gissing el grueso volumen y se quedó pensando como lleno de recordaciones. Para disimular mi turbación tomé el libro de sus manos y me puse a hojearlo. Sobre las páginas latinas enmarañadas con citas griegas no vi palabra alguna sino que, bella con belleza de diosa, a mi adorada exprimidora de naranjas. ¡Ah, si en vez de consultar a Gissing me hu-

La Pluma

Revista mensual
de Ciencia, Artes y Letras

Director: ALBERTO ZUM FELDE

Editores: ORSINI BERTANI & Cía. Montevideo

Precio del ejemplar:..... 0.40 ORO

Redacción, Administración:

ROQUE GRASAE 662.

biera dejado guiar por el instinto de mi corazón! Se hacía tarde. Maruxa Castro entró, calladita, sonriendo su sonrisa desdentada, para servirnos el té. En la esquina donde nos habíamos dado cita, mi beldad estaría esperándome impaciente. ¿He contado que me atreví—el amor hace valientes a los hombres: así, al menos, enseña Platón—a entrar al lugar donde sirve mi *innamorata*, y que osado, desesperadamente osado, la invité al cine, y que aceptó, y que le dije mi amor, y que le pedí un beso, y que me dijo, sería, que

besaría sólo a quien con ella se casara? ¡Ay de mí, que no será conmigo! ¡Mejor nunca hubiera leído en mi vida un solo libro! No conociera a Gissing, ni un imperfecto silogismo de Bías me hubiera deshecho la felicidad. La erudición tiene sus mártires. Mi corazón ha quedado apretado dentro del tomo de Aulo Gelio como hoja de geranio puesta allí a secar. Los que leáis las *Noches Áticas*, sabed que entre sus páginas se marchitó la flor de mi juventud, mi única flor.

A Maruxa Castro le he preguntado:

—¿Usted sabe leer, Maruxa?

—El señoritu tiene gracia, respondió. Nu se leer. Bastante hago con hablar.

—Maruxa,—le he dicho emocionado—diera cuanto he vivido por ser tan ignorante como usted.

—¿El señoritu se habrá enamorado? me preguntó.

Gissing se quedó viéndola y ella, calladita, se retiró a la cocina.

Persiles

Heredia, marzo, 1931.

La húngara

= De A B C. Madrid =

1

Quisiera vivir, morir,
por las vereditas, siempre.
¡Déjame morir, vivir;
deja que mi sueño ruede
contigo al sol, a la luna,
dentro de tu carro verde!

2

—Vas vestida de percal...
—Sí; pero en las grandes fiestas
visto una falda de raso
y unos zapatos de seda.
—Vas sucia, vas despeñada...
—Sí, pero en las grandes fiestas
me lava el agua del río
y el aire puro me peina.

3

...Y yo, mi niña, teniendo
abrigo contra el relente,
mientras va el sueño viniendo.
...Y tú, mi niña, durmiendo
en los ojitos del puente,
mientras va el agua corriendo.

4

¡Por toda España, contigo!
¡Por las ferias de ganados,
por las plazas de los pueblos,
vendiendo caballos malos,
vida, por caballos buenos!
¡Por todo el mundo contigo!

5

Tan limpiita, tan peinada,
con esos dos peinecillos
que te asesinan las sienes,
dime, di, ¿de dónde vienes?
Con esa falda encarnada
y esas dos rosas de lino
en tus zapatitos verdes,
dime, di, ¿de dónde vienes?

6

No puedo, hasta la verbena,
pregonar mi mercancía,
que el alcalde me condena.
¿Pero qué me importa a mí,
si en estos campos, a solas,
puedo contártela a ti?
—¡Caballitos, banderolas,
alfileres, redecillas,
peines de tres mil colores!
¡Para los enamorados,
en papeles perfumados,
las dulces cartas de amores!
¡Alerta, los compradores!

7

—Por una noche, a mi casa.
¡Vente a dormir a mi cuarto!
—Mire, señor,
tengo mi carro.
—Por una noche en tu casa.
¡Quiero dormir en tu carro!
—Mire, señor,
tiene su casa.

8

Yo, por el campo, a las eras,
pensando en tu vida errante
por todas las carreteras.
Tú, en la rentana del carro,
mirándote a un espejito
y con un peine en la mano.

9

¿Por qué vereda se fue?
¡Ay, aire, que no lo sé!
¿Por la de Benamejí?
¿Por la de Lucena o Priego?
¿Por la de Loja se fue?
¡Ay, aire, que no lo sé!
Ahora recuerdo: me dijo
que caminaba a Sevilla.
¿A Sevilla? ¡No lo sé!
¿Por qué vereda se fue?
¡Ay, aire, que no lo sé!

Rafael Alberti

Ya está hueca, y sin lumbre, aquella cabeza altiva, que fue cuna de tanta idea grandiosa; y mudos aquellos labios que hablaron lengua tan varonil y tan gallarda; y yerta, junto a la pared del ataúd, aquella mano que fue siempre sostén de pluma honrada, sierva de amor y al mal rebelde. Ha muerto un justo: Cecilio Acosta ha muerto. Llorarlo fuera poco. Estudiar sus virtudes e imitarlas es el único homenaje grato a las grandes naturalezas y digno de ellas. Trabajó en hacer hombres; se le dará gozo con serlo. ¡Qué desconuelo ver morir, en lo más recio de la faena, a tan gran trabajador!

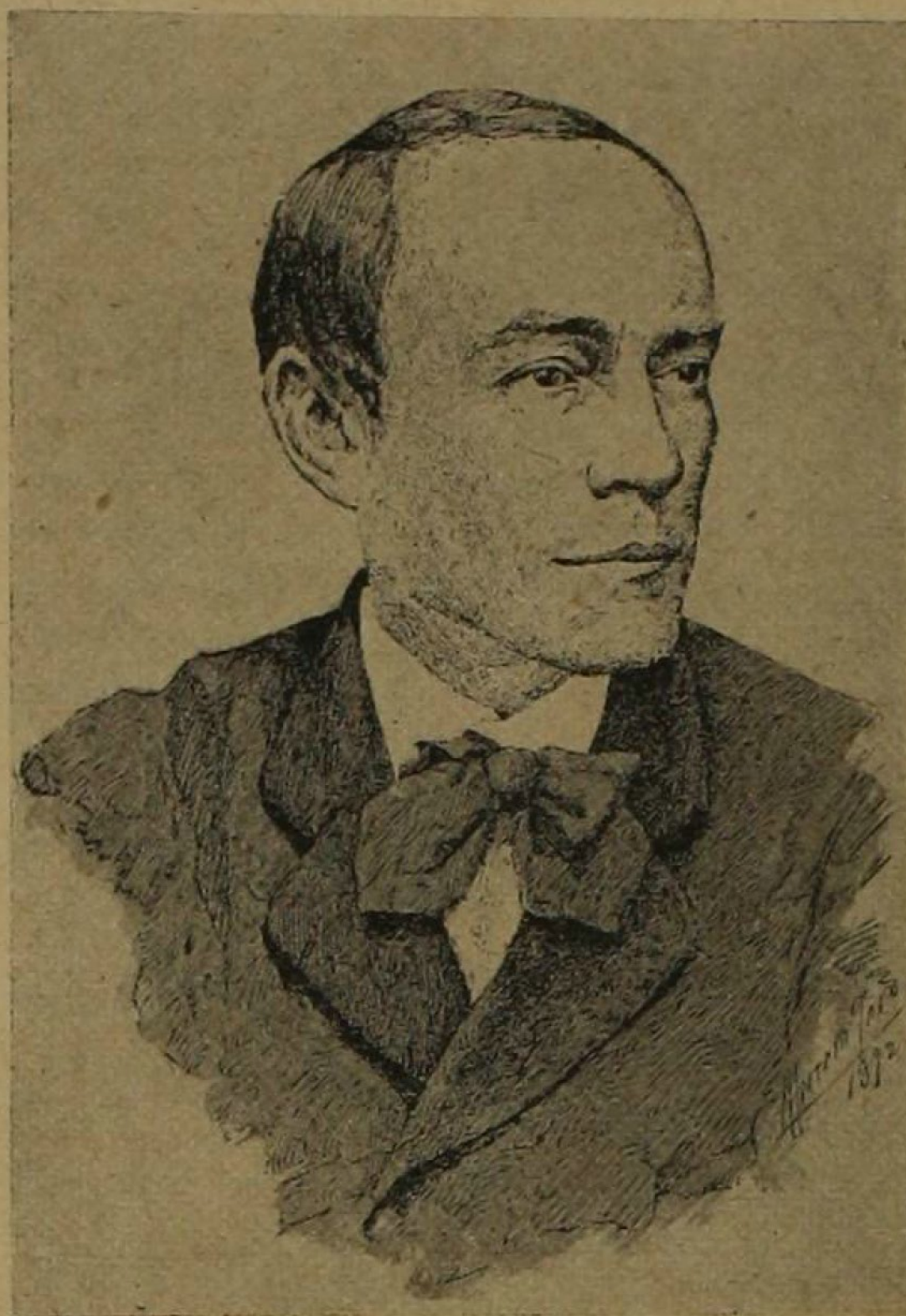
Sus manos, hechas a manejar los tiempos, eran capaces de crearlos. Para él el Universo fue casa; su patria, aposento; la Historia, madre; y los hombres hermanos, y sus dolores cosas de familia que le piden llanto. Él lo dió a mares, Todo el que posee en demasía una cualidad extraordinaria, lastima con tenerla a los que no la poseen; y se le tenía a mal que amase tanto. En cosas de cariño, su culpa era el exceso. Una frase suya da idea de su modo de querer: "oprimir a agasajos." Él, que pensaba como profeta, amaba como mujer. Quien se da a los hombres es devorado por ellos, y él se dió entero; pero es ley maravillosa de la naturaleza que sólo esté completo el que se da; y no se empieza a poseer la vida hasta que no vaciamos sin reparo y sin tasa, en bien de los demás, la nuestra. Negó muchas veces su defensa a los poderosos; no a los tristes. A sus ojos, el más débil era el más amable. Y el necesitado era su dueño. Cuando tenía que dar, lo daba todo; y cuando nada ya tenía, daba amor y libros. ¡Cuánta memoria famosa de altos cuerpos del Estado pasa como de otro y es memoria suya! ¡Cuánta carta elegante, en latín fresco, al Pontífice de Roma, y son sus cartas! ¡Cuánto menudo artículo, regalo de los ojos, pan de mente, que aparecen como de manos de estudiantes, en los periódicos que éstos dan al viento, y son de aquel varón sufrido, que se los dictaba sonriendo, sin violencia ni cansancio, ocultándose para hacer el bien, y el mayor de los bienes, en la sombra! ¡Qué entendimiento de coloso! ¡qué pluma de oro y seda! y ¡qué alma de paloma!

Él no era como los que leen un libro, entrevén por los huecos de la letra el espíritu que lo fecunda y lo dejan que vuele, para hacer lugar a otro, como si no hubiese a la vez en su cerebro capacidad más que para una sola ave. Cecilio volvía el libro al amigo y se quedaba con él dentro de sí; y lo hojeaba luego diestramente, con seguridad y memoria prodigiosas. Ni pergaminos, ni elzevires, ni incunables, ni ediciones esmeradas, ni ediciones príncipes veíanse en su torno; ni se veían, ni las tenía. Allí en un rincón de su alcoba húmeda se enseñaban, como auxiliares de memoria, voluminosos diccionarios; mas todo estaba en él. Era su mente como ordenada y vasta librería donde estuvieran por clases los asuntos, y en anaquel fijo los libros, y a la mano la página precisa; por lo que podía decir su hermano, el fiel Don Pablo, que, no bien se le preguntaba de algo grave, se detenía un instante, como si pasease por los departamentos y galerías de su cerebro y recogiese de ellos lo que hacía al sujeto, y luego, a modo de caudaloso río de ciencia, virtiese con asombro del concurso límpidas e inexhaustas enseñanzas.

Todo pensador enérgico se sorprenderá y quedará cautivo y afligido viendo en las obras de Acosta sus mismos osados pensamientos. Dado a pensar en algo, lo ahonda, percibe y acapara todo. Ve lo suyo y lo ajeno,

Cecilio Acosta

= De *Nuestra América*, Vol. VII de las OBRAS. Gonzalo de Quesada, Editor. Habana. 1909 =



Cecilio Acosta

Alma nueva que nos lee: Hágase de las *Obras de Cecilio Acosta*. En 1908-9, las editó en Caracas (Empresa *El Cojo*), el Gobierno de Venezuela. CINCO tomos son.

Lectura y glosa de escritores venezolanos

= En el Casino Municipal de la Exposición Ibero-Americana, Sevilla, 1929, el día 26 de octubre de 1929, con motivo de la SEMANA DE VENEZUELA. =

Señoras y Señores:

De corazón, agradezco en extremo vuestra presencia en este acto en el que cumpla el encargo de leerlos algunos, muy pocos, de los que pudiéramos llamar grandes clásicos o humanistas venezolanos, maestros de nuestras letras nacionales, que las generaciones sucesivas han respetado y admirado, aunque sin convertir, por lo regular, sus disciplinas literarias en trabas que impidieran el libre desenvolvimiento de las ideas, de la sensibilidad y del estilo, como reflejos de ulteriores y nuevos estados psicológicos y sociales de nuestra evolución vernácula. Simple lector, en esta oportunidad, ruego sin embargo vuestra benevolencia para las breves glosas que me veo obligado a intercalar, como datos puramente informativos, en el curso de esta incompleta selección, deficiente como obra mía, y en la que vuestro fino e ilustrado intelecto percibirá sin duda el espíritu heredado de nuestra España, con los matices y modalidades que el medio tropical, en largas centurias, imprimió a aquella herencia, pero conservando casi íntegras las armonías y el vigor del lenguaje castellano.

En efecto, es innegable que en el ritmo de nuestra vida influyeron no sólo el contorno de naturaleza, sino también otras literaturas e idearios de diverso origen, pero sin que el idioma, por lo corriente, perdiera sus esenciales virtudes. Además, como en España misma y a menudo a través de ella, hasta Venezuela llegaron siempre, en formas más o menos apreciables, los problemas que agitan a Europa, y así adoptamos ideologías y direcciones literarias a veces con demasiada ligereza, debido a aquella facultad de rápida asimilación que es don o si queréis defecto de nosotros los indo-españoles.

(Pasa a la página 206.)

como si lo viera de montaña. Está seguro de su amor a los hombres y habla como padre. Su tono es familiar, aun cuando trate de los más altos asuntos en los senados más altos. Unos perciben la composición del detalle, y son los que analizan y como los soldados de la inteligencia; y otros descubren la ley del grupo, y son los que sintetizan y como los legisladores de la mente. Él desataba y ataba. Era muy elevado su entendimiento para que se lo ofuscará el detalle nimio, y muy profundo para que se eximiera de un minucioso análisis. Su amor a las leyes generales y su perspicacia asombrosa para asirlas no mermaron su potencia de escrutación de los sucesos, que son como las raíces de las leyes, sin conocer las cuales no se ha de entrar a legislar, por cuanto pueden colgarse de las ramas frutos de tanta pesadumbre que, por no tener raíz que los sustente, den con el árbol en tierra. Todo le atrae y nada le ciega. La antigüedad le enamora y él se da a ella como a madre; y como padre de familia nueva, al porvenir. En él no riñen la odre clásica y el mosto nuevo; sino que, para hacer mejor el vino, lo echa a bullir con la substancia de la vieja cepa. Sus resúmenes de pueblos muertos son nueces sólidas, cargadas de las semillas de los nuevos. Nadie ha sido más dueño del pasado; ni nadie—¡singular energía, a muy pocos dada!—ha sabido libertarse mejor de sus enervadoras seducciones. "La antigüedad es un monumento, no una regla; estudia mal quien no estudia el porvenir." Suyo es el arte, en que a ninguno cede, de las concreciones rigurosas. Él exprime un reinado en una frase, y es su esencia; él resume una época en palabras, y es su epitafio; él desentraña un libro antiguo, y da en la entraña. Da cuenta del estado de estos pueblos con una

sola frase: "en pueblos como los nuestros, que todavía, más que dan, reciben los impulsos ajenos." Sus juicios de lo pasado son códigos de lo futuro. Su ciencia histórica aprovecha, porque presenta de bulto y con perspectiva los sucesos, y cada siglo trae de la mano sus lecciones. El conoce las vísceras, y alimentos, y funciones de los pueblos antiguos, y la plaza en que se reunían, y el artífice que la pobló de estatuas, y la razón de hacer fortaleza del palacio, y el temple y resistencia de las armas. Es a la par historiador y apóstol, con lo que temple el fuego de la profecía con la tibieza de la historia, y anima con su fe en lo que ha de ser la narración de lo que ha sido. Da aire de presente, como estaba todo en su espíritu, a lo antiguo. Era de esos que han recabado para sí una gran suma de vida universal y lo saben todo, porque ellos mismos son resúmenes del universo en que se agitan, como es en pequeño todo pequeño hombre. Era de los que quedan despiertos cuando todo se reclinaba a dormir sobre la tierra.

Sabe del Fuero Aniano como del Código Napoleónico; y por qué ardió Safo, y por qué consoló Bello. Chindavinto le fué tan familiar como Cambaceres; en su mente andaban a la par el Código Hermogeniano, los Espejos de Suavia y el proyecto de Goyena. Subía con Moratín aquella alegre casa de Francisca, en la clásica calle de Hortalezas; y de tal modo conocía las tiendas celtas, que no salieran, mejor que de su pluma, de los pinceles concienzudos del recio Alma Tadema. Aquel creyente cándido era en verdad un hombre poderoso.

¡Qué leer! Así ha vivido: de los libros hizo esposa, hacienda e hijos. Ideas: ¿qué mejores criaturas? Ciencia: ¿qué dama más leal, ni más prolífica? Si le encendían anhelos amo-

(Pasa a la página 209.)

La cuarta orden de la humanidad

=Traducción de SALOMÓN DE LA SELVA para Repertorio Americano=

Primero fue creado el hombre, en el principio de las cosas; seciente a él fue creada la mujer; a ésta siguió el niño y al niño la muñeca. La escala es ascendente, y la muñeca es cúspide y corona.

La mujer misma rinde testimonio implícito, aunque inconsciente, de la supremacía de la muñeca: Edades incontables ha fingido su rostro con afeites y mentido sus sienes con ajeno cabello; para falsificar morbideces se ha rellenado los *contours*; y se ha pintado cejas y pestañas: Todo en frustrado esfuerzo para lograr por arte cuanto en la muñeca es de natural derecho. Hasta el niño exhibe marcadas inferioridades: Suyo es un espíritu de contrariedad; y come, y bebe; y está lleno de ensimismamiento (egoísmo fuera término demasiado torpe y duro); y le falta en gran dosis la quietud especial que hace a la muñeca semejante de los reposados dioses. En cuanto a mí, profeso que el largo trato que con ella he tenido sólo ha servido para agrandar la consideración en que tengo a esta cuarta orden de la humanidad, excepción hecha, en todo caso, de la muñeca de ojos azules demasiado claros, en cuya mirada hay cierta fría altanería contra la que mi difidencia no ha estado siempre a prueba.

Considerad la vida de las muñecas. Al antojo de cualquiera maternal tiranuela *debonair*, viran con todo viento de mutabilidad; son juguete de estados de ánimo que se les imputa; sobrellevan virtudes y defectos no de su elección: El pesar las agobia o las posee la alegría; son indóciles o amables, a capricho y mandato de su dueña; caen sobre ellas los azotes, o la suave aspersión de los ósculos; se las persigue delectablemente con cariño, o se las consigna al callado destierro del abandono; se las exalta al hoyuelo de la mejilla de su dueña o se las ultraja al servilismo del suelo; se las desgarran y mutila, se las mece en los brazos y se las arrulla solícitamente; se las acusa de culpa o se las acaricia, se les reprende o se les ama: Ni jamás han tenido ni tendrán sabiduría de por qué se es así o así con ellas; sean las que fueren sus vicisitudes, ellas ignoran por completo toda razón.

¡Considerad vosotras la vida de nosotros, oh mis primas hermanas las muñecas!

Conciencia alguna tuve de ello, a lo que juzgo; secreto alguno adivinaba ya, de este recóndito paralelismo de destinos rivales entre las muñecas y yo, que me impidió sentir, pero ni en la niñez, el juvenil desprecio masculino por estas efímeras parásitas del mundo de los niños. Rebelábame con lastimado sentimiento contra la estrecha intolerancia femenina que le decía al varonzuelo: *Ni cargarás bebé ni poseerás muñeca*. En lo tocante a bebés me fue más allá de toda esperanza imposible contradecir el prejuicio iliberal; en la cuestión de las mu-



Francis Thompson

Dibujo del Hon. Neville Lytton, 1907.

Nació en Ashton, Lancashire, Inglaterra, en 1860. Su padre, médico, se convirtió al Catolicismo por influencia del Cardenal Manning. Francis se educó en Ushaw College, cerca de Durham, y fue allí compañero de Lafcadio Hearn; más tarde estudió medicina en Manchester; pero su vocación no era ni para el sacerdocio, a que lo quería dedicar su padre, ni para la ciencia. Huyó a Londres donde, en años de la más sórdida miseria, la vida le trituro el corazón y le desgarró el alma. En 1893 lo descubrieron Mr. Wilfrid Meynell y su esposa, la exquisita y sabia Alice Meynell, quienes lo recogieron y cuidaron de él hasta su muerte acaecida en Londres el 13 de noviembre de 1907. Ningún poeta moderno ha sido tan magnífico en sus imágenes, tan glorioso en su inspiración, tan fervoroso en su fe católica, tan hondo en su conocimiento emotivo del dolor de la vida, tan erudito en clasicismo, y a la vez tan dulce y sencillito, y tan amante de la niñez. Su prosa también es admirable, y su ensayo sobre *Shelley* es pieza que ha hecho época en la historia de la crítica literaria inglesa. Sus *Collected Works* las editó Mr. Meynell, en tres admirables volúmenes, en 1913, publicándolos en Nueva York la casa de Charles Scribner's Sons, 597 Fifth Ave.

Sus obras incluyen: *Poems* (1893); *Sister Songs* (1895); y *New Poems* (1897), en verso, y *Health and Holiness* (1905) en prosa. Sus mejores poesías son las odas *The Hound of Heaven*, *Anthem of Earth*, *To the Setting Sun* y *The Mistress of Vision*; *The Daisy*, *The Poppy* y el poema de amor platónico que en loor de Alice Meynell escribió en varias poesías que llamó *Love in Dian's Lap* (Amor en el regazo de Diana).—H.M.

ñecas procuré vencerlo con armas de razón. Sirviéronme la elocuencia, y la diplomacia más sutil, para arrancarles a mis hermanas concesión de muñecas: De entonces data mi conocimiento de la especie.

Pero el ineludible sexo declaróse: Las dramatizaba, me enamoraba de ellas, nunca les hice de padre; la intolerancia respecto de su género se justificaba. Una en particular fue mi escogida, una coronada con prestancia de hermosura, y humilléme delante de las catorce pulgadas de su falda. Era bella. Era heroína de Shakespeare. Era concordia y acuerdo de milagros apartados entre sí: Todas

las excelencias encontradas aliábanse en el arca de una sola muñeca; las fronteras de las celosas virtudes marchaban en ella, mas sin violar su paz. Deseoso de darle nombre digno, inquirí de mi madre quién era de las mujeres del siglo la más bella. Con risa respondiome que la pregunta era ardua pero que, quizás, la Emperatriz de los franceses se llevaría la manzana en hermosura. Desde ese instante mi princesa de la muñequería recibió el homenaje de su rango; y aún ahora, aunque hace mucho tiempo que se perdió en un reino donde hasta el aserrín se lava para siempre de las heridas de las muñecas, no puedo oír ese nombre sin que el Pasado me toque con una rígida aglomeración de deditos de china.

¿Pero por qué había de cerrar con ella y mi niñez el sonrojado recuento de mis amores muñequiles? Los hombres no somos sino niños crecidos; y vuestra estatua, bien seguro lo tengo, no es más que la muñeca adulta. ¿Por qué, pues, habría de dejar irrecordada la estatua que esclavizó mi juventud en pasión que las mortales eran inhábiles a instigar? Ni de esto haga nadie ojos saltones de incredulidad; porque *ella* era diosa. Estatua la he llamado; en rigor era sólo busto, menos aún; cabeza; todavía menos: Rostro sólo. ¿Y quién que vió ese rostro pudo pensar en lo demás de ella? Carecía de nombre en la galería de copias de esculturas en la que para asombro mío se había dignado habitar; después he sabido que los hombres la llaman la Melpómene del Vaticano. Bien hacía en no tener nombre ninguno, porque Melpómene no lo fue ella jamás: Jamás palabras suyas brotaron de bronceína lira en orden trágico; jamás por sus labios de sortilegio surgió sílaba ninguna de dolor. Antes bien, por sus rizos entretejidos con hojas, parecía extraviada bacante indeleblemente plasmada en un ensueño de siglos. La expresión que le daba divinidad irresistible, he sospechado siempre que fuese accidente del molde de la copia, puesto que, en numerosos grabados de su prototipo, nunca hallé ese aspecto. El secreto de esta significación indescifrable se escondía, lo fui discerniendo lentamente, en el juego impar de los ángulos de su boca; por manera que su perfil variaba de significado por completo según se la mirase del lado izquierdo o del derecho. En una de las comisuras de su boca se había quedado dormido el trazo primerizo de una sonrisa: Como si a ella la hubiese arrebatado un ensueño, haciéndola olvidar que iba a sonreír. La otra comisura, había caído, como por su propio peso, en un abandono, en un gesto, que hacía adivinar tristeza; que hacía adivinar, pero sólo de la manera como los párpados indolentes se aquejan, porque lo han adivinado, del filo de la alborada azul pizarra. Vista de pleno continente las

dos expresiones se fundían en inefable expresión única: Como si la meditación se hubiera puesto a hacer de ménada y ahora tuviese los brazos cansados de los címbalos. Adonde ella, con cada anochecer, al caer el crepúsculo, recogíame a meditar y a adorar los desconcertantes misterios de su significación: Al caer el crepúsculo, y cuando el cesar de la meridiana luz en blanco permitía que cesara también la detención de su vida, en su rostro, de que se apoderaba la vaguedad, sus ojos irrumpían de la diurna emboscada en que acechaban. Ojos de púrpura violeta, amorosoadormecidos; ojos que no me miraban sino que se mantenían fijos siempre en un más allá de encantamiento,

en espera de algo, no de mí.

Yo estaba contento. Contento, pues sa-

bía que, por así pasar inadvertido, gozaba del privilegio de adorarla: De haberme visto ella, habría rehusado, despreciado, mi mirada. Entre nosotros, ya, hay lágrimas y años: Pero los años no la consumen, ni las lágrimas no la humedecen; ni me echa de menos ella a mí ni a ningún hombre. Allí debe de estar, me parece, en su cornisa; allí, páreceme, se estará siempre: Divinidad de un accidente, en espera de cosa imposible y divina que no podrá jamás llegarle; y ella no lo sabe.

Porque rechazó la vana fábula de que la criatura de ambrosía no es más que mezcla sin espíritu, de la cal que los burdos ignorantes llaman yeso de París. ¡De París, no! De París, sí, quizás: De París el de Ida. Y tal vez sea a él a quien espera.

Francis Thompson

Lectura y glosa...

(Viene de la página 204.)

Ello es que desde que Venezuela comenzó a descollar por sus hombres eminentes en las letras y en las armas, no ha habido movimiento de renovación intelectual que no haya encontrado eco y representante distinguido entre nosotros. Ahora acaso lo comprobaréis, en lo que se refiere a autores de los comienzos del siglo XIX, que son los que leeré, cuando Venezuela apenas comenzaba su era de República independiente, tras el período de la Colonia que tan profunda e indeleble huella dejó en nuestras literatura, educación y costumbres. Pero es singular mérito de esos varones que pueda decirse de ellos que eran casi autodidactas, puesto que no fue Venezuela, entre sus hermanas españolas, la más favorecida por la Metrópoli con institutos culturales y con estímulos a los estudios superiores. Abandono explicable por el erróneo concepto entonces reinante y aún muchos años más tarde, acerca de la pobreza de aquel territorio, que en realidad es uno de los más ricos de esa parte de la Tierra Firme. Doloroso, pero necesario para explicar el esfuerzo personal de los escritores de esa época, es recordar, para citar un dato a este respecto, que cuando para 1785, por iniciativa del ilustrado sacerdote aragonés Padre Andújar, el Capitán General de Venezuela propuso establecer en la capital una cátedra de matemáticas, la Real cédula de Carlos IV negaba la licencia. Ciertamente es que ya en 1673 había sido creado en Caracas el Seminario Tridentino, elevado luego por Felipe V en 1781 a Universidad Real y Pontificia, pero en que sólo se permitían cátedras de cánones, teología, latín y algunos rudimentos de filosofía escolástica y de física. Tarde también llegó a nosotros la imprenta, órgano fundamental para la difusión de los conocimientos, puesto que fue ella introducida en Venezuela en 1808,

cuando ya desde 1566 producía frutos en México, inagotable semillero de ingenios, y en el siglo XVIII era conocida en casi todo el continente descubierto y colonizado por la incomparable energía española.

¿Cómo no admirar así a Andrés Bello, que en ambiente tan poco propicio a superiores y desinteresados estudios, resumía en su pensamiento siglos de cultura latina y española, y quien hoy mismo es contemplado como uno de los más extraordinarios polígrafos que ha producido nuestra raza hispánica? Nacido en Caracas en 1780, era apenas un modesto empleado civil de la Capitanía General, llamado luego a servir en la Junta Suprema establecida por el movimiento de emancipación de 1810. Tres años mayor que Simón Bolívar, fue sin embargo su maestro en materias preparatorias y, jóvenes los dos, a poco su compañero, con López Méndez, en la Comisión nombrada para Londres por el Gobierno revolucionario. En Inglaterra permaneció diez y nueve años, quizás porque los vapores de sangre de aquella guerra civil, que así ha de juzgarse ya la de emancipación, eran irrespirables para un hombre de libros como él y de moderado temperamento. En Chile murió en 1865, rodeado de altos honores que empuñan la gratitud de Venezuela para con la gran nación del Pacífico, donde escribió textos y tratados que aún son norma de humanistas e internacionalistas, tal como la todavía aún no superada "Gramática Castellana para uso de los americanos". Y buen descendiente de la heroica España, en el silencio de apartadas tierras meridionales, lejos de toda biblioteca de consulta directa, renovaba el culto del Cid y el estudio de su Poema. Entre brumas londinenses había escrito su "Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida" en la que descubre un extenso y magnífico panorama del trópico, con nostalgia que exalta sus

hermosuras y en el que no deja de sentirse el dolor del patriota lastimado en sus convicciones y su amor virgiliano por los espectáculos rurales. Así declama en uno de sus versos, como pauta de una enseñanza no siempre atendida:

Amáis la libertad? el campo habita,
no allí donde el magnate
entre armados satélites se mueve...

Veamos, pues, algunos fragmentos de esa famosa Silva de Andrés Bello, que es escenario de Venezuela y de las regiones de esa zona, y en la que términos de nuestra flora tropical perfuman la estrofa y suavizan, para el gusto moderno, las aristas de algunas rimas y su tendencia didáctica:

Salve, fecunda zona,
Que al sol enamorado circunscribes
El vago curso, y cuanto ser se anima
En cada vario clima,
Acariciada de su luz, concibes!
Tú tejes al verano su guirnalda
De granadas espigas; tú la uva
Das a la herviente cuba;
No de púrpura fruta o roja o gualda
A tus florestas bellas
Falta matiz alguno; y bebe en ellas
Aromas mil el viento;
Y greyes van sin cuento
Paciendo tu verdura, desde el llano
Que tiene por lindero el horizonte,
Hasta el erguido monte
De inaccesible nieve siempre cano.

Tú das la caña hermosa,
De do la miel se acendra
Por quien desdeña el mundo los panales;
Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en la espumante jícara rebosa;
Bulle carmín viviente en tus nopales,
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;
Y de tu añil la tinta generosa
Émula es de la lumbré del zafiro,
El vino es tuyo, que la herida agave
Para los hijos vierte
Del Anahuac feliz; y la hoja es tuya
Que cuando de suave
Humo en espiras vagarosas huya,
Solazara el fastidio al ocio inerte.
Tú vistes de jazmines
El arbusto sabeo,
Y el perfume le das, que en los festines
La fiebre insana templará a Lileo.
Para tus hijos la procera palma
Su vario feudo cría
Y el ananas sazón su ambrosía,
Su blanco pan la yuca,
Sus rubias pomos la patata educa,
Y el algodón despliega al aura leve
Las rosas de oro, y el vellón de nieve.
Tendida para ti la fresca parcha
En enramadas de verdor lozano,
Cuelga de sus sarmientos trepadores
Nectáreos globos, y franjadas flores;
Y para ti el maíz, jefe altanero
De la espiga tribu, hincha su grano;
Y para ti el banano
Desmaya al peso de su dulce carga,

*El banano, primero
De cuantos concedió bellos presentes
Providencia a las gentes
Del Ecuador feliz con mano larga.
No ya de humanas artes obligado
El premio rinde opimo:
No es a la podadera, no al arado
Deudor de su racimo:
Escasa industria bástale, cual puede
Hurtar a sus fatigas mano esclava;
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,
Adulto prole en torno le sucede.*

*Allí también deberes
Hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas
Heridas de la guerra: el fértil suelo,
Áspero ahora y bravo,
Al desacostumbrado yugo torne
Del arte humana, y le tribute esclavo.
Del obstruido estanque y del molino
Recuerden ya las aguas el camino:
El intrincado bosque el hacha rompa,
Consuma el fuego: abrid en luengas calles
La oscuridad de su infructuosa pompa.
Abrigo den los valles
A la sedienta caña:
La manzana y la pera
En la fresca montaña
El cielo olviden de su madre España:
Adorne la ladera
El cafetal: ampare
A la tierna teobroma en la ribera
La sombra maternal de su bucare.*

Simón Bolívar, nacido en Caracas en 1783, es a mi entender no sólo el más extraordinario de los hombres americanos, por sus hazañas militares y empresas políticas, sino el más excelso de los escritores venezolanos por la densidad de sus ideas creadoras y el movimiento de su estilo. Así, en sus numerosas epístolas, trasunto de su genio múltiple y maravilloso, y en las que, sin proponérselo, es el mejor de los maestros en el difícil arte de hablar con sencillez sobre elevados temas; como, en cambio, en sus discursos y proclamas, el fuego de su imaginación y su cultura greco latina nos hacen ver ágoras atenienses en cada plaza de villorrio y legionarios romanos en cada soldado bisoño y semi-vestido. Es de sentirse que los minutos de que dispongo en esta lectura no permitan más dechado, para confirmar ese parecer, que el de algunos párrafos del Discurso que pronunció en la ciudad que lleva hoy su nombre en Venezuela y en el que su vuelo de pensador alcanza los más vastos horizontes. Es algo en verdad sorprendente que en un lugar para entonces casi ignorado del mundo, sin más lección inmediata que el rumor de los grandes ríos y de los árboles de la selva virgen agitados por el viento, se escuchen tan altas palabras que se dirían dirigidas al Universo y a los siglos. Bolívar iba a tramontar los Andes, para dirigirse a Nueva Granada, después nuestra hermana en la Gran Colombia, pero antes de emprender esa campaña, resolvió convocar un Congreso a fin de regularizar el Go-

bierno que venía ejerciendo como conductor supremo de multitudes armadas. Y en presencia de los Diputados de las Provincias independientes, así habló Simón Bolívar, en la antigua Angostura, ciudadela del Orinoco, bajo un rústico techado; que no siempre es de oro la casa del sabio y en ignota aldea puede nacer el héroe o el profeta de los nuevos tiempos.

Meditad bien vuestra elección, Legisladores. No olvidéis que vais a echar los fundamentos a un pueblo naciente que podrá elevarse a la grandeza que la naturaleza le ha señalado, si vosotros proporcionáis su base al eminente rango que le espera: si vuestra elección no está presidida por el genio tutelar de Venezuela que deben inspiraros el acierto al escoger la naturaleza y la forma de Gobierno que vais a adoptar para la felicidad del Pueblo; si no acertáis, repito, la Esclavitud será el término de nuestra transformación.

Los anales de los tiempos pasados os presentarán millares de Gobiernos. Traed a la imaginación las naciones que han brillado sobre la tierra, y contemplaréis afligidos que casi toda la tierra ha sido y aún es víctima de sus Gobiernos. Observaréis muchos sistemas de manejar hombres, mas todos para oprimirlos; y si la costumbre de mirar al género humano conducido por pastores de pueblos, no disminuyese el horror de tan chocante espectáculo, nos pasmaríamos al ver nuestra dócil especie pacer sobre la superficie del Globo como viles Rebaños destinados a alimentar a sus nuevos conductores. La Naturaleza a la verdad nos dotó al nacer del incentivo de la Libertad; mas sea pereza, sea propensión inherente a la humanidad, lo cierto es que ella reposa tranquila con las trabas que le ponen.

Muchas naciones antiguas y modernas han sacudido la opresión; pero son rarísimas las que han sabido gozar de algunos preciosos momentos de libertad: muy luego han recaído en sus antiguos vicios políticos: porque son los Pueblos mas bien que los Gobiernos los que arrastran tras sí la tiranía: el hábito de la dominación los hace insensibles a los encantos del honor y de la prosperidad nacional, y miran con indolencia la gloria de vivir en el movimiento de la Libertad, bajo la tutela de Leyes dictadas por su propia voluntad. Los fastos del universo proclaman esta espantosa verdad.

¡Representantes del Pueblo! Vosotros estáis llamados para consagrar o suprimir cuanto os parezca digno de ser conservado, reformado, o desechado en nuestro pacto social. A vosotros pertenece corregir la obra de nuestros primeros legisladores; yo querría decir que a vosotros toca cubrir una parte de la bellezas que contiene nuestro código político; porque no todos los corazones están formados para amar a todas las beldades; ni todos los ojos son capaces de soportar la luz celestial de la

perfección. El Libro de los Apóstoles, la moral de Jesús, la obra divina que nos ha enviado la Providencia para mejorar a los hombres, tan sublime, tan santa, es un diluvio de fuego en Constantinopla, y el Asia entera ardería en vivas llamas si este libro de paz se le impusiese repentinamente por código de religión, de leyes y de costumbres.

Séame permitido llamar la atención del Congreso sobre una materia que puede ser de una importancia vital. Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de Africa y América, que una emanación de la Europa; pues hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros y todos difieren visiblemente en la epidermis: esta semejanza trae un reato de la mayor trascendencia.

La educación popular debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los polos de una República, moral y luces son nuestras primeras necesidades. Tomemos de Atenas su Areópago, y los guardianes de las costumbres y de las Leyes; tomemos de Roma sus censores y sus tribunales domésticos, y haciendo una Santa alianza de estas instituciones, renovemos en el Mundo la idea de un Pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso. Tomemos de Esparta sus austeros establecimientos, y formando de estos tres manantiales una fuente de virtud, demos a nuestra República una cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, las buenas costumbres y la moral Republicana. Constituyamos este Areópago para que vele sobre la educación de los niños, sobre la instrucción nacional; para que purifique lo que se haya corrompido en la República, que acuse la ingratitude, el egoísmo, la frialdad del amor a la Patria, el ocio, la negligencia de los Ciudadanos: que juzgue de los principios de corrupción, de los ejemplos perniciosos, debiendo corregir las costumbres con penas morales, como las Leyes castigan los delitos con penas aflictivas, y no solamente lo que choca contra ellas, sino lo que las burla; no solamente lo que las ataca, sino lo que las debilita, no solamente lo que viola la Constitución, sino lo que viola el respeto público. La jurisdicción de este Tribunal verdaderamente Santo, deberá ser efectiva con respecto a la educación y a la instrucción, y de opinión solamente en las penas y castigos. Pero sus anales o registros donde se con-

signen sus actas y deliberaciones, los principios morales y las acciones de los Ciudadanos, serán los libros de la virtud y del vicio. Los libros que consultará el pueblo para sus elecciones, los Magistrados para sus resoluciones y los Jueces para sus juicios. Una institución semejante por más que parezca quimérica, es infinitamente más realizable que otras que algunos Legisladores antiguos y modernos han establecido con menos utilidad del género humano...

Quizás sea Juan Vicente González, nacido en Caracas en 1808, uno de los autores venezolanos de esa época tormentosa, el más próximo al gusto y sensibilidad de los escritores contemporáneos de Venezuela, por su estilo, su curiosidad e inquietud intelectual y por sus pasiones mismas. Si en otros autores de su tiempo, ideas y formas han envejecido en parte, la obra de Juan Vicente González continúa siendo, sino totalmente por el cambio de los sucesos, de una viva actualidad.

Por sorna y sátira de enemigos, en sus días se le llamó "Tragalibros", y en efecto los devoraba, pero haciendo de su médula alimento propio y original. Tan prodigiosa era su memoria, para no hablar de su inteligencia e ilustración, que hallándose en el sitio en que toda incomodidad tiene su asiento, como de su prisión decía el inmortal Cervantes, escribió sin dato ni libro alguno a la mano, su "Historia Universal" cuyos son los siguientes párrafos que extracto del capítulo que nombra "Cuadro de España", y al que mejor convendría el de Canto a España, de un melodioso entusiasmo al que sin duda no serán insensibles vuestros corazones españoles:

Núm. 3.—¡Cuántos recuerdos enlazados con el nombre poético de España! Son las manzanas doradas de las Hespérides; es la Bética cantada por Homero y ennoblecida por Fenelón...

Núm. 4.—Esa tierra heroica, abonada con sangre de ochocientos años, esa tierra de castillos que caen, de torres moriscas, de encantados palacios, llenos de historias trágicas, de leyendas de santos, de cuentos de niños, de melancólicos amores, es la tierra clásica de la imaginación y la poesía. ¡Corramos en peregrinaje a esta Jerusalem del corazón!

Núm. 11.—¡Qué agitada y tempestuosa, qué heroica y triste es tu historia, oh patria de mis padres! Algo hay en su destino que la asemeja al antiguo Egipto. Fue supersticiosa como él, y como él está dividida por climas, usos, leyes, costumbres, y lenguas diferentes. Sus códigos son privilegios. Todo pueblo la conquista: Tiro explotó sus minas; Grecia pobló sus puertos; Cartago le impuso leyes; Roma la sujetó a su civilización; los Godos a su barbarie; los Arabes la quebrantaron en una batalla; en otra perdió su libertad, gobernada sucesivamente por extranjeros, Flamencos, Austriacos, o Borbones.

Núm. 12.—Pero superior a Egipto, ella

ha sembrado estas diversas épocas de monumentos tan imperecederos como las pirámides, Sagunto, Numancia, Covadonga, Calatañazor, las Navas de Tolosa, los muros de Granada, el Fuero Juzgo, las Partidas, el Justicia de Aragón.

Núm. 13.—Lo que la encumbra sobre todos los pueblos de la tierra es su constancia: vencerla no es someterla; su murmullo acompaña a través de los siglos el ruido de su cadena involuntaria. Los Romanos comenzaron por España la conquista del occidente, y el templo de Jano aguardó para cerrarse a que la guerra cantábrica terminara. Debelados en Guadalete, por ochocientos años, sin un paso atrás, desde las montañas de Asturias, marchan a la reconquista de su suelo, su religión e instituciones, tornando su derrota en gloriosa epopeya.

Núm. 17.—Ocho siglos de lucha habían hecho de España la nación más belicosa del mundo; fue también la más noble y generosa... Te abriste las venas para animar con tu sangre a la América desolada por la antropofagia de sus hijos y los tuyos; y tus hijos bastaron para sustituir a los descendientes de Motezuma y Atahualpa y a tus mismos guerreros que corrían degollándose sobre sus cadáveres. Pasó un siglo y la mitad del mundo apareció transformada. Tú le diste cuanto tenías. Palacios, catedrales, bibliotecas y templos y caminos y plazas y una civilización completa se desplegó allí, donde en Inca degollaba hecatombes de inocentes víctimas, al sol que las amaba y donde resonaba antes el son monótono del caracol salvaje y del triste y melancólico yaraví.

Núm. 18.—Tal asombro impusiste, que los pueblos creyeron que el cielo era tu aliado, y divulgaron que el sol se había detenido una vez en la mitad de su carrera, aguardando a que completases una victoria. ¡Cuántos años has descansado de las fatigas de tanta gloria!

Núm. 19.—El más fanático de tus reyes, resolvió un día que la llorases penitente y expiaras la sangre vertida, y te convirtió en fúnebre monasterio. Levantó para sí el Escorial, palacio y tumba monumento austero y sombrío, como su genio, especie de Trapa para tus monarcas; millares de frailes lo sirvieron; el oro de América los alimentaba; los reyes se llamaron hechizados y hermosos... y así atravesastes muchos siglos vestida de sayal, pobre España, a la siniestra luz de las hogueras de tu inquisición... Y aún así triunfaste en San Quintín y daste al héroe, que libertó en Lepanto la Europa, de la Media Luna.

Núm. 20.—Cuando el gigante de Occidente proyectó su sombra colosal sobre Europa y todos los reyes, los tuyos depusieron a sus pies las coronas, mendigando esposas, osastes sola hacerle frente, hiriéndole con las mismas cadenas que te había impuesto, mientras, tocadas por invisibles manos, las campanas llamaban al combate y tus sacerdotes, y tus mujeres y tus niños, abrían con sus puñales la honda sima en que fue a hundirse su poderío.

Núm. 21.—Grandes pueblos han estado esperando por largo tiempo a que despertaras. Borgoña, la parte más guerrera de la Francia, nervio y fuerza de los ejércitos de Napoleón, te aguardó un siglo entero; en odio a la conquista francesa, sus sencillos y enérgicos habitantes se han sepultado el rostro contra la tierra. Estabas muerta, pero tu cadáver como el del Cid, animaba a tus amigos y espantaba todavía a los contrarios, que tu espada había herido.

Núm. 23.—Y España debía ser el pueblo de la elocuencia. ¿Qué nación habla una lengua más noble y más sonora que la suya? Los pechos robustos, los órganos nuevos y fuertes de sus hijos la formaron en las regiones del alma, bajo un cielo puro, templándola al son de sus guerreras trompas y marcándola con el sello de su intrepidez.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

pidez y entusiasmo. El hombre del Norte aspira sus palabras entre la lengua y los labios, entreabierto la boca, para no respirar la fría atmósfera de sus nieblas... La lengua castellana nutrida de vocales, mezcla de la sensación y la idea, pronúnciase al aire libre, ore rotundo, respira-

Pedro Emilio-Coll

(Concluirá en la próxima entrega.)

Cecilio Acosta...

Viene de la página 204

rosos, como que se entristecía de la soledad de sus volúmenes, y volvía a ellos con ahinco, porque le perdonasen aquella ausencia breve. Andaba en trece años y ya había comentado en numerosos cuadernillos una obra en boga entonces: *Los Eruditos a la violeta*. Seminarista luego, cuatro años más tarde, estableció entre sus compañeros clases de Gramática, de Literatura, de Poética, de Métrica. Se aplicaba a las ciencias; sobresalía en ellas; el ilustre Cajigal le da sus libros, y él bebe ansiosamente en aquellas fuentes de la vida física y logra un título de agrimensor. La Iglesia le cautiva, y aquellos serenos días, luego perdidos, de sacrificio y mansedumbre; y lee con avaricia al elegante Basilio, al grave Gregorio, al desenfadado Agustín, al osado Tomás, al tremendo Bernardo, al mezquino Sánchez; bebe vida espiritual a grandes sorbos. Tiene el talento práctico como gradas o peldaños, y hay un talentillo que consiste en irse haciendo de dineros para le vejez, por más que aquí la limpieza sufra, y más allá la vergüenza se oscurezca; y hay otro, de más alta valía, que estriba en conocer y publicar las grandes leyes que han de torcer el rumbo de los pueblos, en su honra y beneficio. El que es práctico así, por serlo mucho en bien de los demás no lo es nada en bien propio. Era, pues, Cecilio Acosta, ¡quién lo dijera, que lo vio vivir y morir! un grande hombre práctico. Se dió, por tanto, al estudio del Derecho, que asegura a los pueblos y refrena a los hombres. Inextinguible amor de belleza consumía su alma, y fue la pura forma su Julieta, y ha muerto el gran desventurado trovando amor al pie de sus balcones. ¡Qué leer! Así los pensamientos: mal hallados con ser tantos y tales en cárcel tan estrecha, como que empujaban su frente desde adentro y la daban aquel aire de cimbria.

Nieremberg vivió enamorado de Quevedo, y Cecilio Acosta enamorado de Nieremberg. El *Teatro de la Elocuencia* de Capmany le servía muchas veces de almohada. Desdeñaba al lujoso Solís y al revuelto Góngora, y le prendaba Moratín, como él, encogido de carácter, y como él terso en el habla y límpido. Jovellanos le saca ventaja en sus artes de vida y en el empuje humano con que ponía en práctica sus pensamientos; pero Acosta, que no le dejaba de la mano, le vence en castidad y galanura y en lo profundo y varío de su ciencia. Lee ávido a Mariana, enardecido a Hernán Pérez, respetuoso a Hurtado de Mendoza. Ante Calderón se postra. No halla rival para Gallegos y le seducen y le encienden en amores la rica lengua, salpicada de sales, de Sevilla, y el modo ingenuo y el divino hechizo de los dos mansos Luises, tan sanos y tan tiernos.

Familiar le era Virgilio, y la flautilla de caña, y Corydon, y Acates; él supo la manera con que Horacio llama a Telephus, o celebra a Lydia, o invita a Leuconoe a beber de su mejor vino y a encerrar sus esperanzas de ventura en límites estrechos. Le deleitaba Propertio, por elegante; huía de Séneca, por frío; le arrebatada y le henchía de entusiasmo Cicerón. Hablaba un latín puro, rico y agraciado; no el del Foro del Imperio, sino el del Senado de la República; no el de la casa de Claudio, sino el de la de Mecenas.

ción del alma, de sonidos sonoros y graciosos como la lengua griega.

Núm. 24.—¿Porqué, ¡oh España!, no recoges tus hijos en tu regazo fecundo, en vez de debilitarte en lejanas empresas, y ora empuñes la espada, ora toques la lira, eres el terror o el encanto de las naciones?

Huele a mirra y a leche aquel lenguaje, y a tomillo y verbena.

Si dejaba las *Empresas* de Saavedra, o las *Obras y Días*, o el *Sí de las niñas*, era para hojear a Vattel, releer el libro de Segur, reposar en *Los Tristes* de Ovidio, pensar, con los ojos bajos y la mente alta, en las verdades de Keplero, y asistir al desenvolvimiento de las leyes, de Carlo Magno a Thibadieu, de Papiniano, a Heineccio, de Nágera a las Indias.

Las edades llegaron a estar de pie y vivas, con sus propios colores y especiales arreos, en su cerebro; así, él miraba en sí, y como que las veía íntegramente, y cada una en su puesto, y no confundidas, como confunde el saber ligero, con las otras.—hojear sus juicios es hojear los siglos. Era de los que hacen proceso a las épocas y fallan en justicia. Él ve a los siglos como los ve Weber; no en sus batallas, ni luchas de clérigos y reyes, ni dominios y muertes, sino parejos y enteros, por todos sus lados, en sus sucesos de guerra y de paz, de poesía y de ciencia, de artes y costumbres; él toma todas las historias en su cuna y las desenvuelve paralelamente; él estudia a Alejandro y Aristóteles, a Pericles y a Sócrates, a Vespasiano y a Plinio, a Vercingetorix y a Velleda, a Augusto y a Horacio, a Julio II y a Buonarrotti, a Elizabeth y a Bacón, a Luis XI y a Frollo, a Felipe y a Quevedo, al Rey Sol y a Lebrun, a Luis XVI y a Nécker, a Washington y a Franklin, a Hayes y a Eddison. Lee de mañana las Ripuarias, y escribe de tarde los estatutos de un montepío; deja las Capitulares de Carlo-Magno, hace un epitafio en latín a su madre amadísima, saborea una página de Diego de Valera, dedica en prenda de gracias una carta excelente a la memoria de Ochoa, a Campoamor y a Cueto, y antes de que cierre la noche—que él no consagró nunca a lecturas—echa las bases de un banco, o busca el modo de dar rieles a un camino férreo.

Son los tiempos como revueltas sementeras, donde han abierto surco, y regado sangre, y echado semillas, ignorados y oscuros labriegos; y después vienen grandes segadores, que miden todo el campo de una ojeada, empuñan hoz cortante, siegan de un solo vuelo las mies ricas y la ofrecen en bandejas de libros a los que afilan en los bancos de la escuela la cuchilla para la siembra venidera. Así Cecilio. El fué un abarcador y un juzgador. Como que los hombres comisionan, sin saberlo ellos mismos, a alguno de entre ellos para que se detenga en el camino que no cesa y mire hacia atrás, para decirles cómo han de ir hacia adelante; y los dejan allí en alto, sobre el monte de los muertos, a dar juicio; mas ¡ay! que a estos veedores acontece que los hombres ingratos, atareados como abejas en su faena de acaparar fortuna, van ya lejos, muy lejos, cuando aquel a quien encargaron de su beneficio y dejaron atrás en el camino les habla con alarmas y gemidos, y voz de época. Pasa de esta manera a los herreros, que asordados por el ruido de sus yunques, no oyen las tempestades de la villa; ni los humanos, turbados por las hambres del presente, escuchan los acentos que por boca de hijos inspirados echa delante de sí lo por venir.

Lo que supo, pasma. Quería hacer la Améri-

ca próspera y no enteca; dueña de sus destinos, y no atada, como reo antiguo, a la cola de los caballos europeos. Quería descuarjar las Universidades, y deshelar la ciencia, y hacer entrar en ella savia nueva; en Aristóteles, Huxley; en Ulpiano, Horace Greeley y Amasa Walker; del derecho, "lo práctico y tangible": las reglas internacionales, que son la paz, "la paz, única condición y único camino para el adelanto de los pueblos"; la Economía Política, que tiende a abaratar frutos de afuera y a enviar afuera, en buenas condiciones, los de adentro. Anhelaba que cada uno fuese autor de sí, no hormiga de oficina, ni momia de biblioteca, ni máquina de interés ajeno; "el progreso es una ley individual, no ley de los Gobiernos"; "la vida es obra". Cerrarse a la ola nueva por espíritu de raza, o soberbia de tradición, o hábito de casta, le parecía crimen público. Abrirse, labrar juntos, llamar a la tierra, amarse, he aquí la faena: "el principio liberal es el único que puede organizar las sociedades modernas y asentarlas en su caja". Tiene visiones plácidas, en siglos venideros, y se inunda de santo regocijo: "la conciencia humana es tribunal; la justicia, código; la libertad triunfa; el espíritu reina". Simplifica, por eso ahonda: "la historia es el ser interior representado". Para él es usual lo grandioso, manuable lo difícil y lo profundo transparente. Habla en pro de los hombres y arremete contra estos brahmanes modernos y magos graves que guardan para sí la magna ciencia; él no quiere montañas que absorban los llanos, necesarios al cultivo; él quiere que los llanos suban, con el descuaje y nivelación de las montañas. Un grande hombre entre ignorantes sólo aprovecha a sí mismo: "los medios de ilustración no deben amontonarse en las nubes, sino bajar, como la lluvia, a humedecer todos los campos". "La luz que aprovecha más a una nación no es la que se concentra, sino la que se difunde". Quiere a los americanos enteros: "la República no consiste en abatir, sino en exaltar los caracteres para la virtud". Mas no quiere que se hable con aspereza a los que sufren: "hay ciertos padecimientos, mayormente los de familia, que deben tratarse con blandura". De América nadie ha dicho más: "pisan las bestias oro, y es pan todo lo que se toca con las manos". Ni de Bolívar: "la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas". Ni del cristianismo: "el cristianismo es grande porque es una preparación para la muerte". Y está completo, con su generosa bravura, amor de lo venidero y forma desembarazada y elegante, en este reto noble: "y si han de sobrevenir decires, hablillas y calificaciones, más consolador es que le pongan a uno del lado de la electricidad y el fósforo, que del lado del jumento, aunque tenga buena albarda, el pedernal y el morrión".

Más que del Derecho Civil, personal y sencillo, gustaba del derecho de las naciones, general y grandioso. Como la pena injusta le exaspera, se da al estudio asiduo del Derecho Penal, para hacer bien. Suavizar: he aquí para él el modo de regir. Filangieri le agrada; con Roeder medita. Lee en latín a Leibnitz, en alemán a Seesbohm, en inglés a Wheaton, en francés a Chevalier; a Carnazza Amari en italiano, a Pinheiro Ferreira en portugués. Asiste a las lecciones de Blüntschli en Heidelberg, y en Basilea a las de Feichman. Con Heffter busca causas; con Wheaton junta hechos; con Calvo colecciona las reglas afirmadas por los escritores; con Bello acendra su juicio; con todos suspira por el sosiego y paz del universo. Aplaude con íntimo júbilo los esfuerzos de Cobden, y Mancini, y Van Eck, y Bredino por codificar el Derecho de Gentes. Dondequiera que se pida la paz, está él pidiendo. Él pone mente y pluma al servicio de esta alta labor. Hay en Filadelfia una liga para la paz universal, y él la estudia anhelante, y la Liga Cósmica de Roma, y la de Paz y Libertad de Ginebra y el Comité de Amigos de la paz, donde habla Stürm. Él piensa, en aborrecimiento de la sangre, que con tal de que ésta no sea vertida, sino guardada a darnos fuerza para ir des-

cubriéndonos a nosotros mismos,—lo que urge; y contra lo cual nos empeñamos,—buenos fueran los congresos anuales de Lorimer, o el superior de Hegel, o el Arcópago de Blüntschi. En 1873 escucha ansioso las solemnes voces de Calvo, Pierantoni, Lorimer, Mancini, juntos para pensar en la manera de ir arrancando cantidad de fieras al hombre; ¡cuán bien hubiera estado Cecilio Acosta entre ellos! De estos problemas, todos los cuenta como suyos, y se mueve en ellos y en sus menores detalles con singular holgura. De telégrafos, de correos, de sistema métrico, de ambulancias, de propiedad privada: de tanto sabe y en todo da atinado parecer y voto propio. En espíritu asiste a los congresos donde tales asuntos, de universal provecho, se debaten; y en el de Zurich, palpitante y celoso está él en mente, con el Instituto de Derecho Internacional, nacido a quebrar fusiles, amparar derechos y hacer paces. Bien puede Cecilio hacer sus versos, de aquellos muy galanos, y muy honrados, y muy sentidos que él hacía; que, luego de pergeñar un madrigal, recortar una lira o atildar un serventisio, abre a Lastarria, relee a Bello, estudia a Arosemena. La belleza es su premio y su reposo; mas la fuerza, su empleo.

Y ¡cómo alternaba Acosta estas tareas y de lo sencillo sacaba vigor para lo enérgico! ¡cómo, en vez de darse al culto seco de un aspecto del hombre, ni agigantaba su razón a expensas del sentimiento, ni hinchaba éste con peligro de aquella, sino que con las lágrimas generosas que las desventuras de los poetas o de sus seres ficticios le arrancaban, suavizaba los recios pergaminos en que escribe el derecho sus anales! Ya se erguía con Esquilo y braceaba como Prometeo para estrujar al buitres; ya lloraba con Shakespeare y veía su alcoba sembrada de las flores de la triste Ofelia; ya se veía cubierto de lepra como Job, y se apretaba la cintura, porque su cuerpo, como junco que derriba el viento fuerte, era caverna estrecha para eco de la voz de Dios, que se sienta en la tormenta, le conoce y le habla; ya le exalta y acalora Víctor Hugo, que renueva aquella lengua encendida y terrible que habló Jehová al hijo de Edom.

Esta lectura varia y copiosísima; aquel mirar de frente, y con ojos propios, en la naturaleza, que todo lo enseña, aquel rehuir el juicio ajeno, en cuanto no estuviese confirmado en la comparación del objeto juzgado con el juicio; aquella independencia provechosa, que no le hacía siervo, sino dueño; aquel beber la lengua en sus fuentes y no en preceptistas autócratas ni en diccionarios presuntuosos, y aquella ingénita dulzura que daba a su estilo móvil y tajante todas las gracias femeniles,—fueron juntos los elementos de la lengua rica que habló Acosta, que parecía bálsamo, por lo que consolaba; luz, por lo que esclarecía; plegaria, por lo que se humillaba; y ora arroyo, ora río, ora mar desbordado y opulento, reflejador de fuegos celestiales. No escribió frase que no fuese sentencia, adjetivo que no fuese resumen, opinión que no fuese texto. Se gusta como un manjar aquel estilo; y asombra aquella naturalísima manera de dar casa a lo absoluto y forma visible a lo ideal, y de hacer inocente y amable lo grande. Las palabras vulgares se embellecían en sus labios, por el modo de emplearlas. Trozos suyos enteros parecen, sin embargo, como flotantes, y no escritos, en el papel en que se leen; o como escritos en las nubes, porque es fuerza subir a ellas para entenderlos; y allí están claros. Y es que, quien desde ellas ve, entre ellas tiene que hablar; hay una especie de confusión que va irrevocablemente unida, como señal de altura y fuerza, a una legítima superioridad. Pero ¡qué modo de vindicar, con su sencillo y amplio modo, aquellas elementales cuestiones que, por sabidas de ellos, aunque ignoradas del vulgo que debe saberlas, tienen ya a menos tratar los publicistas! Otros van por la vida a caballo, entrando por el estribo de plata la fuerte bota, cargada de ancha espuela; y él iba a pie, como llevado de alas, defendiendo a indígenas, amparando a pobres, arropado en su

virtud más que en sus escasas ropas, puro como un copo de nieve, inmaculado como vellón de cabritillo no nacido. Unos van enseñándose, para que sepan de ellos; y él escondiéndose, para que no le vean. Su modestia no es hipócrita, sino pudorosa; no es mucho decir que fue de virgen su decoro y se erguía, cuando lo creía en riesgo, cual virgen ofendida: "Lo que yo digo, perdura". "Respétese mi juicio, porque es el que tengo de buena fe". Su frente era una bóveda; sus ojos, luz ingenua; su boca, una sonrisa. Era en vano volverle y revolverle; no se veían manchas de lodo. Descuidaba el traje externo, porque daba todo su celo al interior; y el calor, abundancia y lujo de alma le eran más caros que el abrigo y el fausto del cuerpo. Compró su ciencia a costa de su fortuna; si se es honrado y se nace pobre, no hay tiempo para ser sabio y ser rico. ¡Cuánta batalla ganada supone la riqueza! y cuánto decoro perdido! y cuántas tristezas de la virtud y triunfos del mal genio! y cómo, si se parte una moneda, se halla amargo, y tenebroso, y gemidor su seno! A él le espantaban estas recias lides, reñidas en la sombra; deseaba la holgura, mas por cauces claros; se placía en los combates, mas no en esos de vanidades ruines o intereses sórdidos, que espantan el alma, sino en esos torneos de inteligencia, en que se saca en el asta de la lanza una verdad luciente, y se la rinde, trémulo de júbilo, debajo de los balcones de la patria! Él era "hombre de discusión, no de polémica estéril y deshonorosa con quien no ama la verdad, ni lleva puesto el manto del decoro". Cuando imaginador, ¡qué vario y fácil! como que no abusaba de las imaginaciones y las tomaba de la naturaleza, le salían vivas y sólidas. Cuando enojado, ¡qué expresivo! su enojo es dantesco; sano, pero fiero; no es el áspero de la ira, sino el magnánimo de la indignación. Cuanto decía en su desagravio llevaba señalado su candor; que parecía, cuando se enojaba, como que pidiese excusa de su enojo. Y en calma como en batalla ¡qué abundancia! ¡qué desborde de ideas, robustas todas! ¡qué riqueza de palabras galanas y macizas! ¡qué rebose de verbos! Todo el proceso de la acción está en la serie de ellos, en que siempre el que sigue magnifica y auxilia al que antecede. En su estilo se ve cómo desnuda la armazón de los sucesos, y a los obreros trabajando por entre los andamios; se estima la fuerza de cada brazo, el eco de cada golpe, la íntima causa de cada estremecimiento! A mil ascienden las voces castizas, no contadas en los diccionarios de la Academia, que envió a ésta como en cumplimiento de sus deberes y en pago de los que él tenía por favores. Verdad que él había leído en sus letras góticas *La Danza de la Muerte*, y huroneado en los desvanes de Villena, y decía de coro las *Rosas* de Juan de Timoneda, o el entremés de los olivos. Nunca premio fue más justo, ni al obsequiado más grato, que ese nombramiento de académico con que se agasajó a Cecilio Acosta. Para él era la Academia como novia, y ponía en tenerla alegre su gozo y esmero; y no que, como otros, estimase que para no desmerecer de su concepto es fuerza cohonestar los males que a la Península debemos y aún nos roen, y hacer enormes, para agradecerla, beneficios efímeros; sino que, sin sacrificarle fervor americano ni verdad, quería darle lo mejor de lo suyo, porque juzgaba que ella le había dado más de lo que él merecía, y andaba como amante casto y fino, a quien nada parece bien para su dama. ¡Cuán justo fue aquel homenaje que le tributó, con ocasión del nombramiento, la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras de Caracas! ¡cuán acertadas cosas dijo en su habla excelente, del recipiendario, el profundo Rafael Seijas! ¡cuántos lloraron en aquella justa y ternísima fiesta! ¡Y aquel discurso de Cecilio, que es como un vuelo de águila por cumbres! ¡y la procesión de elevadas gentes que le llevó coreando su nombre, hasta su angosta casa! ¡y aquella madrecita llena toda de lágrimas, que salió a los umbrales a abrazarle, y le dijo con

voces jubilosas: "Hijo mío: he tenido quemados los santos para que te sacasen en bien de esta amargura!" Murió al fin la buena anciana, dejando, más que huérfano, viudo al casto hijo, que en sus horas de plática o estudio, como romano entre sus lares, envuelto en su ancha capa, reclinado en su vetusto taburete, revolviendo, como si tejiese ideas, sus dedos impacientes, hablaba de altas cosas, a la margen de aquella misma mesa, con su altarcillo de hoja doble, y el Cristo en el fondo, y ambas hojas pintadas, y la luz entre ambas, coronando el conjunto, a este lado y aquel de las paredes, de estampas de Jesús y de María, que fueron regocijo, fe y empleo de la noble señora, a cuya muerte, en carta que pone pasmo por lo profunda y reverencia por lo tierna, pensó cosas excelsas el buen hijo, en respuesta a otras conmovedoras que le escribió, en son de pésame, Riera Aguinagalde.

No concibió cosa pequeña, ni comparación mezquina, ni oficio bajo de la mente, ni se en celaba del ajeno mérito, antes se daba prisa a enaltecerlo y publicarlo. Andaba buscando quien valiese, para decir por todas partes bien de él. Para Cecilio Acosta, un bravo era un Cid; un orador, un Demóstenes; un buen prelado, un San Ambrosio. Su timidez era igual a su generosidad; era él un padre de la Iglesia, por lo que entrañaba a ella. Sabía de sus leyes y aconsejaba a sus prohombres; y parecía cordero atribulado, sorprendido en la paz de la majada por voz que hiere y truena, cuando entraba por sus puertas y rozaba los lirios de su patio con la fulgente túnica de seda un anciano arzobispo.

Visto de cerca ¡era tan humilde! sus palabras, que—con ser tantas, que se rompían unas contra otras, como aguas de torrente,—eran menos abundantes que sus ideas, daban a su habla apariencia de defecto físico, que le venía de exceso y hacía tartamudez la sobra de dicción. Aun, visto de lejos, ¡era tan imponente! su desenvoltura y donaire cautivaban y su visión de lo futuro entusiasmaba y encendía. Consolaba el espíritu su pureza; seducía el oído su lenguaje; ¡qué fortuna ser niño siendo viejo! esa es la corona y la sanidad de la vejez. Él tenía la precisión de la lengua inglesa, la elegancia de la italiana, la majestad de la española. Republicano, fue justo con los monarcas; americano vehementísimo, al punto de enojarse cuando se le hablaba de partir glorias con tierras que no fuesen ésta suya de Venezuela, dibujaba con un vuelo arrogante de la pluma el paseo imperial de Bonaparte y vivía en la admiración ardorosa del extraordinario Garibaldi, que, sobre ser héroe, tiene un merecimiento singular: serlo en su siglo. Él era querido en todas partes, que es más que conocido y más difícil. Colombia, esa tierra de pensadores, de Acosta tan amada, le veía con entrañable afecto, como viera al más glorioso de sus hijos; Perú, cuya desventura le movió a cólera santa, le leyó ansiosamente; de Buenos Aires le venían abrumadoras alabanzas. En España, como hechos a estas galas, saboreaban con deleite su risueño estilo y celebraban con pomposo elogio su fecunda ciencia; el premio de Francia le venía ya por los mares; en Italia era presidente de la Sociedad Filelélica, que llamó estupenda a su carta última; el Congreso de Literatos le tenía en su seno, el de Americanistas se engalanaba con su nombre; "acongojado hasta la muerte" le escribe Torres Caicedo, porque sabe de sus males; luto previo, como por enfermedad de padre, vistieron por Acosta los pueblos que le conocían. Y él, que sabía de artes como si hubiera nacido en casa de pintor, y de dramas y comedias como si las hubiera tramado y dirigido; él, que preveía la solución de los problemas confusos de naciones lejanas con tal soltura y fuerza que fuera natural tenerle por hijo de todas aquellas tierras, como lo era en verdad por el espíritu; él, que en época y límites estrechos, ni sujetó su anhelo de sabiduría, ni entrabó o cegó su juicio, ni estimó el colosal oleaje humano por el especial y concreto

de su pueblo, sino que echó los ojos ávidos y el alma enamorada y el pensamiento portentoso por todos los espacios de la tierra; él no salió jamás de su casita obscura, desnuda de muebles como él de vanidades, ni dejó nunca la ciudad nativa, con cuyas albas se levantaba a la faena, ni la margen de este Catuche alegre, y Guaire blando, y Anauco sonoro, gala del valle, de la Naturaleza y de su casta vida. Lo vió todo en sí, de grande que era!

Este fue el hombre, en junto. Postvió y previó. Amó, supo y creó. Limpió de obstáculos la vía. Puso luces. Vió por sí mismo. Señaló nuevos rumbos. Le sedujo lo bello; le enamoró lo perfecto; se consagró a lo útil. Habló con singular maestría, gracia y decoro; pensó con singular viveza, fuerza y justicia. Sirvió a la Tierra y amó al Cielo. Quiso a los hombres, y a su honra. Se hermanó con los pueblos y se hizo amar de ellos. Supo ciencias y letras, gracias y artes. Pudo ser Ministro de Hacienda

José Martí

(Revista Venezolana. Caracas, 15, Julio, 1881.)

El gato

=De Zapatos Viejos. Narraciones de la vida en un pueblo de Centro América.—J. Samet, Editor. Buenos Aires. =

Vivían los dos en un rancho de paja. Las vigas y la paja del techo estaban ennegrecidas por el humo y el hollín del fogón en que se calentaba la jarrilla del café. Adentro del cuarto quedaba todavía prendido de raíz, el tronco de un árbol, lo usaban para colocar allí objetos de cocina. Durante el día, ella iba a traer agua y él, con aburrimiento, pasaba bostezando en la puerta y mirando hacia el llano...

Ella reunió seis huevos de las gallinas y le propuso que, como el siguiente día era domingo, él fuera a venderlos a Santa Clara. Él aceptó.

—Los huevos se están dando a tres... Si no los pagan mejor los traes. Tres huevos por medio en seis huevos es un real. Cuidado, nada menos... Cuidado con mal vender los huevos...

La mujer fué al cerro, trajo bastante paste, sacó una tombilla sucia, la limpió, envolvió cada uno de los huevos en un poco de paste, los colocó todos en la tombilla, cerró la tombilla, la amarró con un bejuco que trajo también del cerro y se la entregó al «hombre», que la observaba, como siempre, sin prestarle la menor ayuda, lleno de indolencia y de pereza.

—Cuidado con malvender los huevos, los huevos están a tres por medio... ¡Cuidado!

El «hombre» agarró los huevos y echóse a caminar.

La mujer, como si una idea se le viniera súbitamente, salió corriendo a la puerta del rancho y le gritó:

—Cuidado con beberte el real... ¡Cuidado! Ese real lo queremos para comprar café donde Nor Isidro... ¡Cuidado con beberte el real!

El «hombre» siguió el camino sin contestarle.

Al poco momento se oyó el trote de un caballo que se acercaba. Ella supuso inmediatamente que aquel era el caballo del mayordomo que acertaba a llegar siempre que «su hombre» se iba al pueblo. Sacó la cabeza por uno de los agujeros de la pared del rancho y vió que Remigio llegaba. La mujer se quedó como para-

y sacerdote, académico y revolucionario, juez de noche y soldado de día, establecedor de una verdad y de un banco de crédito. Tuvo durante su vida a su servicio una gran fuerza, que es la de los niños: su candor supremo; y la indignación, otra gran fuerza. En suma: de pie en su época, vivió en ella, en las que le antecedieron y en las que han de sucederle. Abrió vías, que habrán de seguirse; profeta nuevo, anunció la fuerza por la virtud y la redención por el trabajo. Su pluma siempre verde, como la de un ave del Paraíso, tenía reflejos de cielo y punta blanda. Si hubiera vestido manto romano, no se hubiese extrañado. Pudo pasearse, como quien pasea con lo propio, con túnica de apóstol. Los que le vieron en vida, le veneran; los que asistieron a su muerte, se estremecen. Su patria, como su hija, debe estar sin consuelo; grande ha sido la amargura de los extraños; grande ha de ser la suya. Y cuando él alzó el vuelo, tenía limpias las alas!

lizada, sin saber qué hacer, luego metió la cabeza en una olla de agua y empezó a restregarse la cara, como para limpiarse la costra y el tizne del humo. Se limpió bien la cara y salió a recibir al visitante.

—¡Polaaaaaa! ¡Está allí tu maridoooooo!

Remigio le gritaba a Apolinaria desde la puerta del cerco sin atreverse a llegar cerca del rancho. Era costumbre de Remigio preguntarle por «su marido» a sabiendas de que no eran casados. Además Remigio sabía que «el hombre» no estaba, pues nunca acertó a llegar estando él allí. Apolinaria sabía esto y por eso corría a lavarse la cara cuando oía el trote del caballo, tan pronto como «su hombre» salía. Remigio se percataba de las salidas del «hombre» porque desde la cumbre del cerro, en donde estaba haciendo una hachazón en compañía de dos peones para sembrar un matambre, columbraba el rancho de Apolinaria, esperando que el «hombre» saliera para bajar al trote del caballo.

Apolinaria, es decir Pola, era de allí. Al otro lado del portillo estaban los ranchos de los Domínguez, tíos, hermanos, hermanas, cuñados, sobrinos y abuelos de Pola Domínguez. Aquí en este mismo rancho, donde vivía ahora, había vivido con su marido Teófilo González. Aquel sí, era marido legal. Todos los Domínguez y los demás vecinos recordaban las dos semanas de bebedera en el matrimonio de Apolinaria. Pero desafortunadamente Teófilo se murió, le dió el «mal de empacho» tres meses después de casados. Pola tenía entonces 16 años y era muy apetejada. De Teófilo no le quedó más que el rancho y la escopeta para matar venados. Sentía no haber tenido un hijo con Teófilo, un varón. En esta aflicción se acordó de Remigio que antes del matrimonio con Teófilo y después del matrimonio, siempre andaba rondando su rancho. Pero ella dudaba de él por el puesto que ocupaba. Remigio era el Mayordomo de la Hacienda, era el patrón mientras el dueño estaba en Santa Clara. Ella, en cambio y todos los Domínguez, eran nada,

peones. Había querido a Teófilo porque aquel era de su clase. Remigio la podía abandonar...

Pero un día apareció con «su hombre». Desde aquel día no volvió a visitar a los Domínguez. Le podían preguntar que en donde lo había encontrado y ella no iba a saber qué contestar. Pero a sus oídos llegó lo que decían las lenguas, que «se había enmancuernado con un forastero...»

El «forastero» había llegado en una noche de invierno a pedir posada. Decía que se había extraviado del camino real y que andaba desorientado. Quería que Pola le diera en donde dormir para buscar el camino en la mañana. Pola le dió en donde dormir, allí cerca del fogón para que se calentara el cuerpo porque estaba todo mojado. El «hombre» no se fué al día siguiente. Lo cierto es que él dispuso quedarse, pero no fué él quien dispuso, sino las circunstancias. Quien sabe que arreglo tuvieron en la noche con Pola, lo cierto es que no se fué. Una semana después allí estaba en el rancho de Pola. Por fin se encariñó con el lugar. Salió a matar venados con la escopeta del finado Teófilo, pero no mató nada. La mayor parte del día se estaba sentado en la puerta mirando para el llano...

—Pola—le dijo Remigio—quiero que te vayas a la Hacienda a vivir conmigo. Con ese forastero no sales de apuro...

—¿A la Hacienda?... ¡Hum, y después me das viaje!

—Te juro que no, Pola. Te lo juro por estas crucitas...

—Yo quisiera, pero...

—Te voy a tratar decente. Además vos no quieres a ese «forastero»...

—¿Quererlo? ¡Yo no lo quiero, Dios sabe! Es veru haragán. Cuando por chiripazo mata un «venao» con la escopeta del «finao» Teófilo, lo que hace es irse a vender el cuero a Santa Clara y beberse el pisto. Después viene «pasao» de guaro, con una juma que no puede ni andar... ¿Trabajo? dice que nunca ha «trabajao» en su vida. Y por eso yo le digo que se vaya, pero no quiere irse...

—Te voy a hacer una propuesta y si no aceptas sos una tonta. Yo voy para Santa Clara a ver el patrón. Aquí ando llevando una botella de guaro de la sacadera de Nor Isidro. Cuando venga el forastero se la das para que caiga. Cuando yo pase de regreso en la noche, él va a estar bien borracho y entonces te llevo por delante en el caballo para la Hacienda. Después cuando él se vea solo en el rancho, se va a ir pa su tierra...

—Y ¿si me va a buscar a la Hacienda?

—Si llega allá, lo guindo en un palo de ocote y lo dejo colgado para que se lo coman los cutes...

—Bueno, lo voy a hacer, dejame la botella...

Remigio le dió la botella. Después le dió dos apasionados besos en las mejillas, se montó en el caballo y se fué corriendo diciéndole adiós con la mano...

El gato había aparecido allí sin saber de donde había venido, lo mismo que el «hombre», los dos se habían aquerenciado en el rancho de Pola y ni ella sabía de donde habían venido. Era un gato negro, grandísimo, pero flaco que hasta la forma de los huesos se le miraban. Había días

y hasta semanas que desaparecía. Pola no lo quería, le tiraba piedras, pero él volvía a aparecer. Era un gato probablemente de los González que llegaba allí porque los dueños no le daban de comer. Era tan confianzudo que cuando Pola se iba al ojo de agua a llenar el cántaro, el gato se echaba sobre el mullico cuero de vaca en donde dormía ella con el forastero. Había veces que estando ellos allí, el gato se ponía a roncar en una esquina del cuero.

—Gato condenao, hijo de puerca... ¡Andate pa tu casa!

Pola le tiraba un pedazo de ladrillo con tanta fuerza que si hubiera pegado en el blanco, la cabeza y las patas del animal se habrían separado como por electricidad.

Regresaba ella del ojo de agua cuando se dió cuenta de que ya el «hombre» había vuelto del pueblo. Ella lo notó por la tos, era una tos gangosa y constante.

—¿Qué tal, como te jué? (Ni la misma Pola sabía como se llamaba porque si le preguntaba que de donde era y como se llamaba él se quedaba callado. Pola no le quería seguir preguntando).

—¿Vendiste los huevos?

El «hombre» no contestó.

Pola creyó que se había bebido el real de los huevos. Pero no se disgustó porque ya lo iba a dejar, aquel era el último real que se bebía...

—¿Quieres un «bocao» de tortilla con sal?...

—El «hombre» la miró como diciéndole «sí» con los ojos.

—Sabes—le volvió a decir ella—Ñor Isidro estuvo aquí y me trajo de regalo una botella de guaro...

—Dámela. Aquí está tu real. (Y le puso el real en la mano). Tenía ganas de echarme un trago de a real... Hace tiempo que no bebo, dame un trago, no me aguanto de las ganas...

Pola le dió la botella tal como la había recibido de manos de Remigio. Él se empinó la botella.

—Maté la culebra. ¿Te acuerdas de la culebra que me dijiste que habías visto detrás del rancho? ¿La culebra que se quería comer los pollos?...

—¡Sí, me acuerdo! ¡Sí me acuerdo!—dijo él empinándose por la quinta vez la botella de aguardiente.

—Pero no la maté del todo. Sólo le alcancé la cola y otro golpe en la cabeza. Se va a morir. La hubiera «matao», pero se metió en el moral...

El hombre con los ojos saltados y la mirada indecisa no ponía atención al incidente de la culebra.

Mientras tanto Pola se armó de un palo y dos piedras grandes y se fué al moral. Quería ver la culebra para acabarla de matar. Buscó alrededor del moral y estuvo tirando piedras a lo más espeso para ver si oía ruido. Por fin se cansó y se volvió al rancho.

El «hombre» mientras tanto se había tirado sobre el cuero. Ya casi no tenía fuerzas y empezaba a quedarse dormido. Se había bebido casi la mitad de la botella.

La noche cayó sobre la sabana. Era un lugar triste, desolado, lúgubre. Había días que no se miraba ni un alma pasar por allí.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

El cerro se fué ennegreciendo, sólo se podía distinguir los árboles que se recortaban en el azul del cielo. A la derecha del rancho se miraban vacas y un patacho de yeguas comiendo zacate en el llano.

Pola pensó en que pronto pasaría Remigio de regreso. El corazón empezó a golpearle con fuerza.

Fué a ver al «hombre» y lo encontró dormido, con la boca abierta y la botella metida debajo del cuero. Se acostó con él, apagó la luz del fogón y esperó allí tranquilamente para escuchar el galope del caballo de Remigio. El «hombre» despedía un fuerte olor a aguardiente.

En la quietud de la noche sólo se distinguía el maullido del gato. Pero de pronto el gato dejó de maullar, había encontrado algo, lo llevaba de un lugar a otro con los dientes. Encontró la puerta del rancho abierta y entró con aquello que llevaba en la boca. Se le escapaba de los dientes y lo atrapaba de nuevo con sus pequeñas garras de felino. Anduvo de un lugar a otro adentro del rancho y por fin llevó aquello que tenía en los dientes, al propio lugar en donde el hombre y la mujer dormían profundamente. Pola estaba tan dormida que no sintió cuando el gato pasó sobre su brazo rozándola con aquello que llevaba en la boca.

El gato se quedó allí rozándola siempre con la cola.

Afuera parecía que el cielo se despejaba. En la sabana no se veía más que dos o tres vacas echadas y el patacho de yeguas cerca de la puerta del cerco.

Pola despertó sobresaltada pensando en

Remigio. Apoyó la mano y el brazo derecho para poder hacer fuerza y levantar el cuerpo, pero dos agujas muy filudas le apretaron el puño de la mano. Un grito de susto se levantó de sus labios. Hizo uso de la mano izquierda para tocar aquello que le punzaba en la mano derecha y tocó una cosa helada y pegajosa, algo que estaba muerto, pues no se movía. Retiró la mano izquierda sollozando de terror. Dos gritos horribles y dolorosos salieron de su boca con una queja lastimera. El dolor que cada momento se le volvía más agudo, insoponible, se le iba subiendo por todo el brazo y por el hombro derecho:

—¡Me muero! ¡Me muero! ¡Por Dios me muero!... Y con la mano izquierda golpeaba duramente el cuerpo de su compañero para que despertara, pero éste parecía un cadáver, inmóvil e insensible, como si hubiera estado completamente muerto...

—¡Me muero! ¡Ay, me muero! Despertate, mira que me ha punzado la mano ¡Ay, ay!...

A lo largo de la carretera, cerca de la «quebrada honda», el caballo de Remigio se acercaba con un trote monótono, pero ligero. La luna había aparecido por fin, las nubes negras como atraídas unas por otras se habían ido separando hacia el sur, dejando el cielo límpido y despejado...

Remigio llegó por fin, al cerco, se bajó y amarró su caballo en la tranca del cerco. Luego, temeroso de tener un encuentro con el forastero, sacó su revólver, lo cargó con los cinco tiros, y se fué acercando, tomando todas las precauciones posibles, hasta que llegó a la puerta del rancho. Desde allí observó que el hombre estaba inmóvil. Luego dió un salto atrás. Entre el «hombre» y Pola estaba el gato. El brazo derecho de Pola no parecía un brazo humano, estaba negro, negro como inyectado de tinta. Remigio comprendió al momento que Pola estaba muerta, examinó el brazo de lejos y supuso que estaba envenenado, se acercó más y vió allí con espanto la cabeza de una culebra...

Saltó Remigio sobre el caballo que lo esperaba impaciente y se perdió en el camino que conducía a la Hacienda, a toda carrera.

Arturo Mejía Nieto

Honduras.

QUIEN HABLA DE LA Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA,
DOBLE,
PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:
REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Imp. Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica